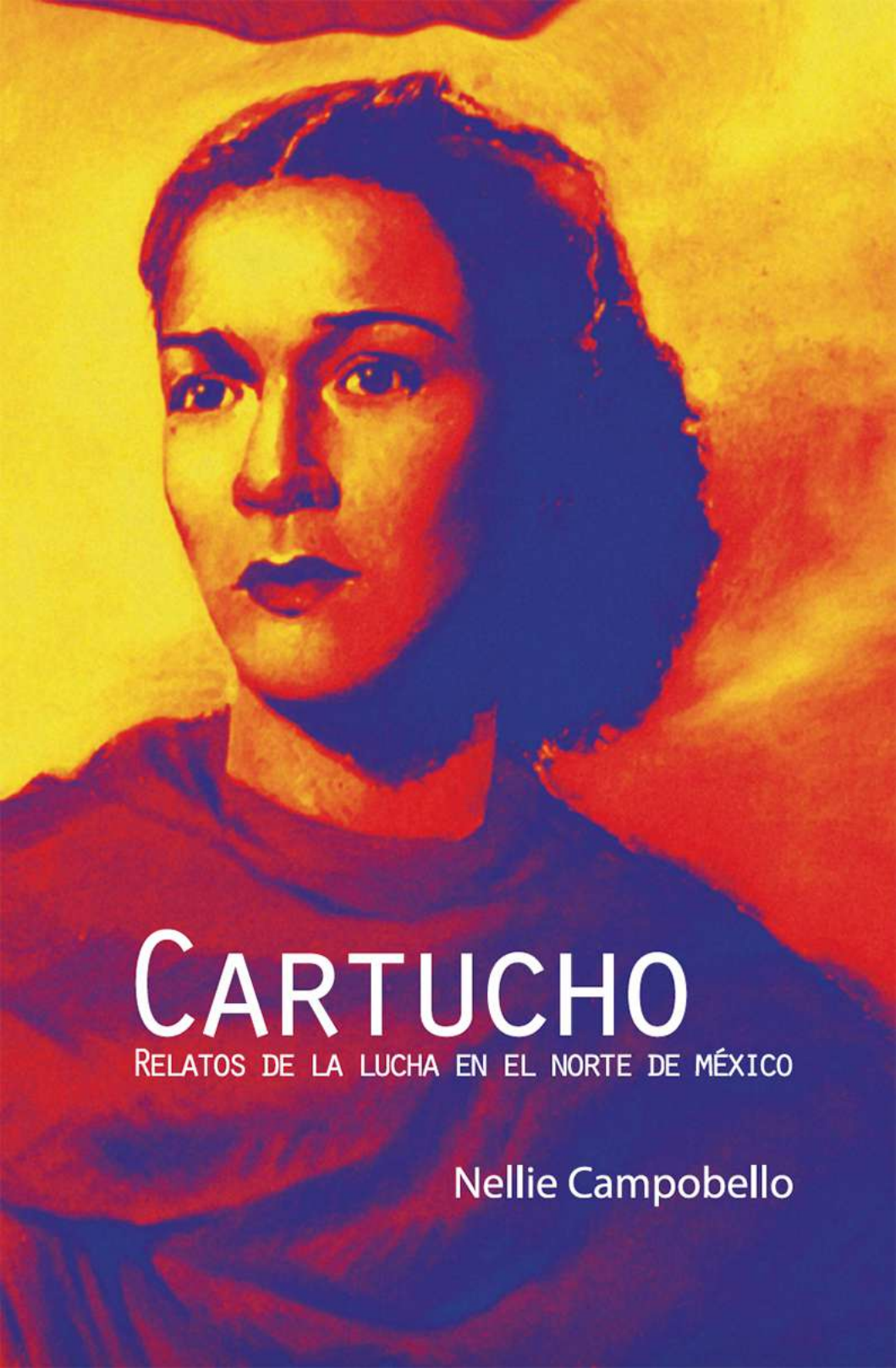




CARTUCHO

RELATOS DE LA LUCHA EN EL NORTE DE MÉXICO

Nellie Campobello

CARTUCHO

RELATOS DE LA LUCHA EN EL NORTE DE MÉXICO

NELLIE CAMPOBELLO

© Nellie Campobello
Junio 2018

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Óscar de Pablo.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

**Esta publicación es financiada con los recursos de la RLS con fondos del
BMZ y Para Leer en Libertad AC. Es de distribución gratuita.**

El contenido de la publicación es responsabilidad exclusiva de Para Leer en
Libertad, A.C. y no refleja necesariamente una posición de la RLS.

*A Mamá, que me regaló cuentos verdaderos
en un país donde se fabrican leyendas
y donde la gente vive adormecida de dolor oyéndolas.*

PRÓLOGO

Cartucho no dijo su nombre. No sabía coser ni pegar botones. Un día llevaron sus camisas para la casa. Cartucho fue a dar las gracias (...) se quitó un gran sombrero que traía y con los ojos medio cerrados dijo: “Adiós”. Cayó simpático, jera un cartucho!

Cartucho es una colección de relatos donde se registran acontecimientos, personalidades y sentimientos de los jóvenes villistas que pasaron por la región de Parral en los años más cruentos de la lucha revolucionaria. No podría encontrarse una metáfora más a la medida para referirse a ellos, tampoco una mejor forma de hacer que se presentaran ante el lector y ante la historia: uno es el cartucho que llora por causa de una mujer, otro es el filósofo que pensaba con la biblia en la punta del rifle; otro el que no sabía reír, que hablaba poco y veía mucho. Todos eran cartuchos.

El libro, como sus protagonistas, ha tenido que hacer la guerra para abrirse camino desde que apareció por primera vez en 1931. *Cartucho* fue la primera obra de la revolución mexicana escrita por una mujer, pero además, a

diferencia de las novelas revolucionarias publicadas hasta ese momento, *Cartucho* registraba el movimiento armado en el norte de México, particularmente en los estados de Chihuahua y Durango, zona que no había sido considerada por otros autores aún y cuando allí se desarrolló intensamente la revuelta armada. Otra particularidad especial de la obra de Nellie fue el carácter testimonial de los relatos, pues sus personajes e historias estaban basados en hechos reales, narrados desde una óptica muy singular, a través de los ojos y el sentir de una muchachita del pueblo.

Aunque *Cartucho* deslumbraba por la originalidad en su estilo, no tuvo ningún recibimiento mínimamente efusivo en el ambiente literario del país. Por otro lado, a los integrantes de la clase política, a los “grandes vencedores”, les irritaba que en las páginas de un libro se exaltara a los villistas; pues Campobello llevaba al lector a mirar de otra manera a los derrotados del norte, personajes muy diferentes a los despreciables villistas que Mariano Azuela presentó en su novela como hordas de asesinos sin ideales, sin bandera y sin sentimientos patrióticos, por eso *Los de Abajo* fue una obra que gozó de aceptación entre la clase en el poder. Nellie no podía estar de acuerdo con la descripción de esos villistas tan diferentes a los que ella había conocido, por eso, refiriéndose a Azuela y a su obra, expresó que éste, como mal actor, había contado puras mentiras, que se había sobreactuado en lo que había dicho de la revolución y que era un escritor en blanco y negro.¹

I Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la Literatura Mexicana*. Lecturas Mexicanas No. 48. Segunda serie. Secretaría de Educación Pública. México 1986

Cartucho recrea con un lenguaje nuevo y sencillo la grandeza humana de un ejército derrotado: el ejército del pueblo; donde los protagonistas eran hombres humildes que habían encontrado un líder cuya causa no se sustentaba en escritos ni proclamas, sino en expresiones de vida muy claras sobre la justicia, el patriotismo y la lealtad.

El poeta estridentista Germán List Arzubide percibió de inmediato el valor que encerraban los relatos que Nellie le mostró en manuscritos, y como un hombre comprometido con la conciencia social, consideró de gran trascendencia su publicación, por lo que buscó los medios para que *Cartucho* saliera a la luz pública y llenara el hueco que otros autores habían dejado. En las palabras de presentación del libro, List Arzubide señaló la autenticidad de la autora:

“Precariamente se han escuchado en el alboroto de los exhaustos grupos intelectualistas dos o tres discursos almibarados que hablan de revolución: son de los arribistas que intentan adornar su nombre con balas.

Para saber cómo rebotó de la montaña al llano y dominó el desierto el paso de los HOMBRES DEL NORTE, habrá que venir aquí para siempre, donde una niña, que ha visto a esos hombres quebrarse entre sus manos indolentes de inocencia, jugaba con la risa crepitante de las ametralladoras.”²

El estilo que Nellie aplicó a sus relatos no está basado en ningún método o técnica; tampoco fue resultado de una ocurrencia fortuita o un chispazo de inspiración. Sencillamente, Nellie se apegó a la narración oral que había

2 Campobello, Nellie. *Cartucho*. Ediciones Integrales. México 1931.

aprendido de su madre, y ésta a su vez de sus ancestros, del pueblo mismo. Por esto se podría decir que *Cartucho*, es un libro que está narrado desde el alma del pueblo. Allí es donde se encuentra el principal mérito de Campobello, pues ella consideró de mayor valor reproducir la forma en que su madre y las mujeres de Parral le transmitieron los sucesos que tanto la habían marcado; y supo hacerlo prodigiosamente.

Pero para que Nellie llegara a valorar la expresión que había mamado de su madre y de la gente del Norte, tuvo que conocer el trabajo y las ideas de algunos artistas que la hicieron reflexionar sobre la riqueza que ella traía en sí misma a pesar de sus limitaciones académicas, las cuales hasta entonces la habían hecho sentir insegura para incursionar en las letras.

Entre 1928 y 1929, Nellie frecuentó junto con su hermana Gloria la “comuna” que el pintor Gerardo Murillo mejor conocido como el Dr. Atl, había instaurado en el edificio del ex convento de la Merced. El Dr. Atl, personaje que desarrollaba varias actividades artísticas y cuya personalidad atraía la atención de todo tipo de personas, vivía durante ese tiempo en el ex convento, donde realizaba reuniones a las que acudían artistas de todas las expresiones, generándose un intercambio cultural muy enriquecedor. Aquí, impulsada por el entusiasmo de Atl, Nellie escribió los poemas que formarían su primer libro, *Francisca Yol*; pero además tuvo la oportunidad de escuchar los cuentos que el Dr. Atl escribía y les leía a sus invitados; historias inspiradas en la cotidianeidad de hombres y mujeres del México rural, y de las colonias más pobres de la capital.

Estos cuentos, que él denominaba como “bárbaros”, estaban escritos en un estilo naturalista, sin el mínimo recato y escrúpulo, mostrando la pobreza y la ignorancia de un México aislado del resto del mundo.

Nellie debió sentirse impactada por el lenguaje directo e implacable con que Atl describía escenas terribles y seguramente aquellas historias le hicieron recordar a sus muertos y los episodios de la revolución que vivió en Parral, Chihuahua.

En 1930 Nellie viajó a La Habana, en donde se relacionó con algunos personajes como Antonio Fernández de Castro y Carlos Trejo Lerdo de Tejada, con los que logró madurar una postura que había empezado a cultivar en la convivencia de la comuna del ex convento de la Merced.

Antonio Fernández de Castro, periodista y crítico de gran prestigio en el ambiente cultural de Cuba, puso a Nellie en contacto con diversos escritores como Nicolás Guillén y Langston Hughes, poetas que rescataban en su obra el lenguaje y la expresión de su raza. Fernández de Castro además, tras escuchar a Nellie contar algunas anécdotas de la revolución mexicana, quedó impresionado por las vivencias crudas y extraordinarias de la joven mexicana, instándola a escribir aquellos valiosos recuerdos. También en Cuba, Nellie conoció a Carlos Trejo Lerdo de Tejada, embajador de México en la isla, quien traía la inquietud de difundir las expresiones artísticas de su país, entusiasmándose con los bailes que Nellie junto con su hermana Gloria exhibían en los teatros habaneros, compartiendo con ellas sus ideas sobre el enorme valor que existía en las expresiones del pueblo mexicano y en la importancia de rescatarlas y difundirlas.

Fue así que Nellie, atenta a las ideas y al trabajo de aquellas personas que ella consideraba grandes y que le habían alimentado su espíritu inquieto brindándole nuevos elementos para observar y aprender el mundo, descubrió al fin la riqueza que ella poseía, aquello que su gente le había heredado. De inmediato comenzó a plasmar los sucesos vividos en Parral, cuyos protagonistas eran hombres y mujeres de su mismo origen y condición.

Los revolucionarios que Nellie nos presenta en su libro son hombres reales, desapegados de la vida y bien conocedores del juego de la muerte. Muchos de ellos jóvenes que por primera vez habían salido de sus terruños y que pasaban fugazmente por las calles trágicas de Parral.

A través de estos relatos podemos conocer muy de cerca algunos momentos significativos en la vida de personajes como: Tomás Urbina, Santos Ortiz, Elías Acosta, Pablo y Martín López, todos ellos hombres valientes de los que Nellie y su madre guardaron el más bello recuerdo, porque los miraban como si fueran sus hermanos guerreros, huérfanos de afectos.

Estos hombres del norte tomaron las carabinas convencidos de que, si era necesario, había que morir por los ideales de una patria mejor, y en su anhelo protagonizaron formidables hazañas que sólo el pueblo guardó en la memoria.

De esa memoria, Nellie Campobello trasladó a la palabra escrita la epopeya, en un estilo narrativo original y deslumbrante que le dio otra vez vida a sus cartuchos para que no se perdieran en el olvido.

“Las gentes que los vieron los recuerdan todavía. “Sí, cómo no, sí”, dicen las señoras. “Por allí iba Nicolás Fernández, alto,

delgado, con toda la cara llena de tierra del camino real. Muy tranquilo pasó por aquí, después se detuvo frente al Cuartel General y habló con Villa, quebró la rienda y se alejó por aquella esquina de allá". (...)

"Martín López, aquel muchacho tan muchacho, que parecía un San Miguel en los combates. ¿No se acuerdan cómo no más le volaba la mascada del cuello, y doblándose sobre el caballo se metía hasta adentro de los balazos revuelto con los enemigos? ¿Quién hubiera podido detenerle? Las balas no le entraban. Martín, el que lloraba cuando se acordaba de su hermano Pablito, se fue por allí, por el callejón ése."

(...)

Y Elías Acosta, el de los ojos verdes y las cejas negras, hombre hermoso, con su color de durazno maduro, venía por ese lado con su asistente y se detuvieron en casa de Chonita.

Chonita les traía todo, corría, volaba; sabía que aquel hombre adornaba, por última vez, la mesa de su fonda.

(...)

¿Y Gándara? ¿Y el Chino Ortiz?

— Sí —contestan aquellas mujeres testigos de las tragedias—, sí, cómo no, allí donde está esa piedra le tumbaron el sombrero y lo fueron a matar hasta allá, frente a aquella casa.

"Kirilí, Taralatas, cada quien se fue por donde pudo.

(...)

"¡Pero ellos volverán en abril o en mayo!", dicen todavía las voces de aquellas buenas e ingenuas mujeres del Norte.

Aún y con esas escenas, con ese lenguaje sencillo pero a la vez hondo y perdurable, Cartucho no tuvo gran resonancia, muy escasos comentarios se publicaron en los medios impresos. El Universal Ilustrado sí dedicó una pá-

gina casi inmediatamente después de que se imprimió el libro, pero cabe señalar que el motivo principal por el que la revista le dio un espacio a *Cartucho*, fue por la amistad y admiración personal que el director Carlos Noriega Hope profesaba a la autora, de quien cubría cada actividad que realizaba tanto en la danza como en las letras.

El encargado de realizar el artículo sobre *Cartucho* para *El Universal Ilustrado* fue el periodista Alejandro Nuñez Alonso, quien dedicó el mayor espacio a destacar la personalidad de la autora y sólo se limitó a hacer un breve comentario de la obra:

*Y así sale "Cartucho". Sin preocupaciones literarias ni gramaticales. Sin intenciones deliberadas. Visiones vírgenes de ojo infantil que mira curioso y que hace un guiño al sonar un disparo.*³

Otra mención apareció en el periódico uruguayo *La Razón*, al que Germán List Arzubide había enviado un ejemplar. *"La biblioteca que dirige el notable escritor mexicano Germán List Arzubide, hácenos llegar un nuevo meritorio libro: Cartucho, original de Nellie Campobello.*

Esta hembra singular revélase escritora originalísima, personal. Documentariamente en lo trascendental y en el aire de subconsciencia que flota de página a página".

Uno de los comentarios más precisos sobre el estilo de la narrativa de Nellie lo realizó Ermilo Abreu Gómez, aunque hasta el año 1969, cuando el libro había ya cobrado relevancia debido a que fue considerada entre las obras que conformaron *La Antología de la Novela de la Revolución* preparada por Antonio Castro Leal.

La prosa de Campobello, en efecto, reclama, (está reclamando desde hace años) un estudio técnico para poner de relieve no

3 *Universal Ilustrado*, noviembre 05/1931

sólo su maestría, diríamos general, sino también los sabios recursos de su arte que es, al mismo tiempo, producto de su intuición y de su estudio. Veremos entonces cómo ella ha sabido amalgamar con destreza la lengua hablada con la lengua escrita; amalgama tan perfecta que nunca sabremos distinguir dónde están las junturas ni dónde las fronteras. Milagro que sólo realizan aquellos que tienen, de nación, la facultad de expresarse con un idioma que empieza dentro del espíritu mismo, como si saliera de la propia y entrañable savia del alma. Leer a Nellie Campobello es leer a uno de los pocos clásicos del idioma que tiene México.⁴

Esta demanda expresada por Ermilo Abreu sobre la atención formal que la obra de *Cartucho* merecía, se empezó a perpetrar a partir de la década de los ochenta. Actualmente Nellie ha sido revalorada, se han producido gran cantidad de ensayos dedicados en particular a *Cartucho*. Sin embargo, las trágicas condiciones en que ella murió, dejaron expuesta su obra y no han faltado los que se adjudican derechos que no les corresponden y de manera consciente o inconsciente, obstaculizan que se difunda, en algunos casos a través de ediciones que incluyen serios trabajos críticos que podrían contribuir a dimensionar la obra en todo su potencial.

En esta edición de la **Brigada Para Leer en Libertad**, Nellie Campobello recorre el mejor sendero para llegar a nuevos lectores que gozarán y sufrirán con las hazañas de estos cartuchos. Aquí encontrará a sus mejores lectores, a los predilectos.

Jesús Vargas Valdez y Flor García Rufino

⁴ Ermilo Abreu Gómez, *El Día*, 21 de diciembre de 1969.

I. HOMBRES DEL NORTE

ÉL

Cartucho no dijo su nombre. No sabía coser ni pegar botones. Un día llevaron sus camisas para la casa. Cartucho fue a dar las gracias. “El dinero hace a veces que la gente no sepa reír”, dije yo jugando debajo de una mesa. Cartucho se quitó un gran sombrero que traía y con los ojos medio cerrados dijo: “Adiós”. Cayó simpático, jera un cartucho!

Un día cantó algo de amor. Su voz sonaba muy bonito. Le corrieron lágrimas por los cachetes. Dijo que él era un cartucho por causa de una mujer. Jugaba con Gloriecita y la paseaba a caballo. Por toda la calle.

Llegaron unos días en que se dijo que iban a llegar los carrancistas. Los villistas salían a comprar cigarros y llevaban el 30-30 abrazado. Cartucho llegaba. Se sentaba en la ventana y clavaba sus ojos en la rendija de una laja lila. A Gloriecita le limpiaba los mocos y con sus pañuelos le improvisaba zapetitas. Una tarde la agarró en brazos. Se fue calle arriba. De pronto se oyeron balazos. Cartucho, con Gloriecita en brazos, hacía fuego al Cerro de la Cruz desde la esquina de don Manuel. Había hecho varias descargas cuando se la quitaron. Después de esto, el fuego se fue haciendo intenso. Cerraron las casas. Nadie supo de Cartucho. Se había quedado disparando su rifle en la esquina.

Unos días más. Él no vino; Mamá preguntó. Entonces José Ruiz, de allá de Balleza, le dijo:

— Cartucho ya encontró lo que quería.

José Ruiz, dijo:

— No hay más que una canción y ésa era la que cantaba Cartucho.

José era filósofo. Tenía crenchas doradas untadas de sebo y lacias de frío. Los ojos exactos de un perro amarillo. Hablaba sintéticamente. Pensaba con la Biblia en la punta del rifle.

— El amor lo hizo un cartucho. ¿Nosotros?... Cartuchos.

Dijo en oración filosófica, fajándose una cartuchera.

ELÍAS

Alto, color de canela, pelo castaño, ojos verdes, dos colmillos de oro —se los habían tirado en un combate cuando se estaba riendo—. Gritaba mucho cuando andaba a caballo; siempre se emborrachaba con sotol. ¡Viva Elías Acosta!, gritaba la gente cuando él pasaba por las calles de la Segunda del Rayo. Elías era el tipo del hombre bello, usaba mitazas de piel de tigre, una pistola nueva y la cuera de los generales y coroneles. Cuando quería divertirse se ponía a hacer blanco en los sombreros de los hombres que pasaban por la calle. Nunca mató a nadie: era jugando y no se disgustaban con él.

Elías Acosta era famoso por villista, por valiente y por bueno. Nació en el pueblo de Guerrero, del estado de Chihuahua; sabía llorar al recuerdo de su mamá, se reía cuando peleaba y le decían loba. Era bastante elegante, yo creo que miles de muchachas se enamoraban de él. Un día, muy borracho, pasando por la casa a caballo, se apeó. Se sentó en el borde de una ventana. Pintó muchos monos para regalárnoslos. Luego escribió el nombre de todos y dijo que iba a ser nuestro amigo. Nos regaló a cada uno una bala de su pistola. Tenía el color de la cara muy bonito: parecía un durazno maduro. Su asistente le ayudó a subir a caballo. Se fue cantando. Ese día él había hecho un blanco.

EL KIRILÍ

Kirilí portaba chamarra roja y mitazas de cuero amarillo. Cantaba ostentosamente, porque se decía: "Kirilí, ¡qué buena voz tienes!" Usaba un anillo ancho en el dedo chiquito; se lo había quitado a un muerto allá en Durango. Enamoraba a Chagua, una señorita que tenía los pies chiquitos. Kirilí, siempre que había un combate, daba muchas pasadas por la Segunda del Rayo, para que lo vieran tirar balazos. Caminaba con las piernas abiertas y una sonrisa fácil hecha ojal en su cara.

Siempre que se ponía a contar de los combates, decía que él había matado puros generales, coroneles y mayores. Nunca mataba un soldado. A veces Gándara y El Peet, le decían que no fuera tan embustero. Doña Magdalena, su mamá, lo quería mucho y lo admiraba.

Se fueron a Nieves. Kirilí se estaba bañando en un río; alguien le dijo que venía el enemigo, pero él no lo creyó y no se salió del agua. Llegaron y lo mataron allí mismo, dentro del río.

Chagua se vistió de luto, y poco tiempo después se hizo mujer de la calle.

Doña Magdalena, que ya no tiene dientes y se pone anteojos para leer, lo llora todos los días allá en un rincón de su casa, en Chihuahua. Pero el Kirilí se quedó dentro del

agua enfriando su cuerpo y apretando, entre los tejidos de su carne porosa, unas balas que lo quemaron.

EL CORONEL BUSTILLOS

Bustillos había nacido en San Pablo de Balleza. Siempre que venía a Parral, traía con él dos o tres amigos y llegaban a la casa a ver a mamá. Platicaban de la revolución. Al coronel Bustillos le encantaba ver cómo mamá se ponía enojada cuando decían la menor cosa acerca de Villa. El coronel Bustillos no odiaba al “Jefe” — como él le decía —, pero nunca le gustaba oír que lo elogiaran; él creía que Villa era como cualquiera, y que el día que le tocara morir, moriría igual que los otros. Bustillos tenía unos bigotes güeros, tan largos, que le sobresalían de la cara; siempre traía la punta derecha agarrada con los dedos; andaba lentamente; era blanco, con los ojos azules; su cara parecía la de un conejo escondido. Nunca se reía; sabía hablar mayo. No se vestía de militar; portaba sombrero tejano blanco y vestido azul marino, un cinto apretado de balas y su pistola puesta del lado izquierdo. Se estaba tres o cuatro días y casi todas las horas se las pasaba en la casa. Le encantaban los palomos. Había uno color de pizarra, que aporreaba a todos, era tan bravo, que se había hecho el terror de los demás; el coronel Bustillos se reía mucho al verlo. Un día le dijo a mamá: “Este palomo es un ‘Pancho Villa’.” Mamá no dijo nada, pero cuando se fue Bustillos, todos los días le hacía cariños a su “Pancho Villa”.

El palomo, después de su fama de “Pancho Villa”, apareció muerto, le volaron la cabeza de un balazo. Mamá se puso muy enojada; nosotros lo asamos en el corral, en una lumbré de boñigas; el coronel Bustillos nos ayudó a pelarlo. Yo creo que él mismo fue el que le tiró el balazo.

Mamá contó que cierta vez en Parral, en la casa de los Franco, estando ya pacífico, el general le preguntó: ¿Quién mataría a su “Pancho Villa”?

BARTOLO DE SANTIAGO

Bartolo era de Santiago Papasquiario, Durango. Tenía la boca apretada, los ojos sin brillo y las manos anchas. Mató al hombre con quien se fue su hermana y andaba huyendo, por eso se metió de soldado. Bartolo cantaba el *Desterrado me fui*. Decía que si su hermana se había huido era porque era piedra suelta.

—Le maté al primero para que se busque otro. Rodará, siendo lo que más quise en mi vida.

Se hizo novio de Anita. Ella lo aceptó por miedo, “él era el desterrado por el gobierno”, él lo cantaba con los labios apretados, y cuando le empezaban a salir las lágrimas, se echaba el sombrero para adelante. No quería encontrarse con su hermana, porque era lo que más quería en su vida. Se sentaba en un pretil frente a la casa de Anita, con las piernas colgando en el vacío; yo lo admiraba porque estaba tan alto, hasta se mecía, me parecía que se iba a caer.

Un día llegó una reina a casa de Anita; parecía pavo real, la cara muy bonita y los dedos llenos de piedras brillantes. La hermana de Bartolo de Santiago, dijeron las voces.

—Soy Marina de Santiago, la hermana de Bartolo – dijo buscando a Anita-. Deseo ver a Anita, para que ella me diga los lugares donde él estuvo, lo que él quiso, lo que él hacía.

Anita le dio cartas, retratos y le enseñó la piedra grande del zaguán, donde ella platicaba con él. Habló mucho, luego me llamó:

— Cuéntale a la señorita que tú conocías a Bartolo —me dijo jalándome de una mano.

— ¿Te quería mucho? —dijo la mujer de faldas de olor a flor.

Yo moví la cabeza, no me acuerdo si le dije que sí o no. La agarré de la mano y la llevé al pretil de la tapia de los Hinojos y le enseñé el lugar donde él se ponía a mecer sus piernas:

— Allí cantaba; yo desde esta piedra lo veía.

Anita le contó a Mamá:

— Ya mataron a Bartolo allá en Chihuahua; estaba tocando la puerta de su casa. Nadie sabe quién, pero lo cosieron a balazos.

La hermana lo quería mucho, era muy bonita, tenía muchos enamorados. Bartolo dijo que iba a matar a todos los hombres que anduvieran con ella.

AGUSTÍN GARCÍA

Agustín García era alto, pálido, de bigotes chiquitos, la cara fina y la mirada dulce; traía cuera y mitazas de piel. Era lento, no parecía general villista. Cuando Mamá lo vio por primera vez, dijo: “Este hombre es peligroso.” No se sabía reír, hablaba poco, veía mucho; era amigo de Elías Acosta; tomaban café juntos. Elías reía y platicaba, pero Agustín García no decía nada, por eso no eran iguales.

Un día Mamá le preguntó cómo había salido la emboscada de Villa a Murguía. Dijo que casi no habían gastado parque. “Los changos eran muchos y los echamos vivos en los tajos.” Mamá no le contestó nada. Entre aquellos hombres había muerto un muchacho de allí, de la calle de la Segunda del Rayo.

El general se despidió igual que otras veces.

En la noche se escuchó una serenata y una voz que parecía conocida cantó: “Bonitas fuentes son las corrientes, las que dependen del corazón.” Luego cantó: “Te amo en secreto. Si lo supieras.” A Mamá la asustó algo, ya no estuvo tranquila. A las dos noches llegó muy apurada. Irene tenía como catorce años, era sobrina de Mamá. Se oyó un tropel. Mamá ansiosa le ordenó que se metiera por una chimenea y procurara llegar hasta la azotea y se fuera hasta la casa de doña Rosita — una señora amiga de Mamá, que tiene cabe-

llos rojos —. Ya estaban rodeando la casa. Mamá se puso a cantar alto. Entró un hombre arrastrando las espuelas... y otro... y otro más: “¡Tenemos una orden!” Se metieron por todos lados. Mamá dijo: “Están en su casa.” Fueron y vinieron. Mamá estaba tranquila, torciendo un cigarro. Entró García, alto, alto y arrastrando los pies. Traía una cuarta en la mano; todo su aspecto era de flojera; se pegaba con la cuarta en la pierna derecha y veía a Mamá con atención.

— Aquí están sus hombres, dijo Mamá.

— No son míos, yo acabo de pasar y me sorprendí de ver una caballada aquí, por eso he llegado.

Se sentó, cruzó la pierna y se puso a hacer un cigarro. Los hombres le vieron, no dijeron nada y fueron saliendo poco a poco, sin volver la cara.

— ¿No era nada serio? —dijo él riéndose.

— No, realmente —contestó Mamá tranquila—, caprichos de los soldados.

El general Agustín García había ido a robarse a Irene y se contentó con la guitarra. Se puso a cantar: “Prieta orgullosa, no te vuelvo a ver la cara.” Y meciendo sus piernas se acabó un cigarro y una taza de café...

LAS CINTAREADAS DE ANTONIO SILVA

Antonio se llamaba, era jefe de la Brigada Villa, fue uno de los generales que menos travesuras hicieron; valiente y atravesado, pero jamás dio qué decir en Parral, ni en la Segunda. Había nacido en San Antonio del Tule, allá por Balleza. Era alto y prieto; tenía una pierna más corta, y usaba un tacón para emparejarse el paso. Le contaron a Mamá que después de la retirada de Celaya, discutiendo en una estación acerca de un caballo, se enojó con otros generales, sacaron sus pistolas, y se tiraron a la vida. Murieron varios: Pedro Gutiérrez, como de veinte años, murió junto al general Silva. Debajo del mismo general Silva cayó el general Rodríguez, a quien no le tocó. Así fue como se quedó dormido Antonio Silva, hombre que levantó mucha polvareda entre la gente del Parral.

Toda la bulla de Antonio Silva consistió en pegarles cintarazos a los malcriados. Una vez que se acuarteló, allí en la empacadora de Parral, casi todos los días había una cintareada. Los voladores, unos hombres que al caminar lo hacían moviendo los codos —así como si fueran alas—, una mañana le dijeron al general, que Alfredo, el volador grande, estaba esperando una cintareada. Silva, que nada en su vida lo hacía gozar tanto como estamparles la espada,

pidió que le llevaran al volador, que por ser escandaloso y mitotero iba a hacer un trabajo bien hecho.

Cuentan que le llevaron al prisionero, pálido y haciendo cara de muy bueno. El general pidió pegarle bien. Le bajaron los pantalones y lo recargaron junto a un poste. El general se arqueó y le fue pegando.

— ¡Ay! Diosito —decía el volador.

— Y muy grande, hijo mío.

Así rezaba el volador, y así le contestaba el prieto general. Cuentan que la espada de repente se dobló; Silva entonces dijo al volador:

— Ya se me marchitó el cíntaro, anda vete y súbete el pantalón y no vuelvas a andar haciendo esas travesuras, porque un día, para que se les quite lo alburucero, les quebro un cíntaro en las nalgas.

Silva se paseaba, se paraba, se volvía, movía la cabeza, las manos, habla y habla con sus muchachos, aconsejándoles, pues a él le gustaba el orden; luego le decía, en voz alta, a su asistente: “Limpia el cíntaro y tenlo listo, mis hijos necesitan la cuereadita a nalga pelona y dada por mi santa mano.” Seguía yendo y viniendo, esperando a que le vinieran a contar más travesuras de sus hijos.

En la Segunda del Rayo lo querían mucho, y cada vez que andaba de ronda le preparaban café. Una vez, un centinela no le pegó el “quién vive”, él le dijo: “Oiga, amigo, cuando me mire venir pégueme el quién vive, y si no le contesto, écheme una zurra de plomo. ¿No mira que yo sólo soy un general y usted es el centinela?”

Cuando se supo la muerte de Antonio Silva, Mamá lloró por él, dijo que se había acabado un hombre.

II. FUSILADOS

CUATRO SOLDADOS SIN 30-30

Y pasaba todos los días, flaco, mal vestido, era un soldado. Se hizo mi amigo porque un día nuestras sonrisas fueron iguales. Le enseñé mis muñecas, él sonreía, había hambre en su risa, yo pensé que si le regalaba unas gorditas de harina haría muy bien. Al otro día, cuando él pasaba al cerro, le ofrecí las gordas, su cuerpo flaco sonrió y sus labios pálidos se elasticaron con un “yo me llamo Rafael, soy trompeta del Cerro de la Iguana”. Apretó la servilleta contra su estómago helado y se fue; parecía por detrás un espantapájaros; me dio risa y pensé que llevaba los pantalones de un muerto.

Hubo un combate de tres días en Parral, se combatía mucho.

“Traen un muerto —dijeron—, el único que hubo en el Cerro de la Iguana.” En una camilla de ramas de álamo, pasó frente a mi casa; lo llevaban cuatro soldados. Me quedé sin voz, con los ojos abiertos, abiertos, sufrí tanto, se lo llevaban, tenía unos balazos, vi su pantalón, hoy sí era el de un muerto.

EL FUSILADO SIN BALAS

Catarino Acosta se vestía de negro y el tejano echado para atrás; todas las tardes pasaba por la casa, saludaba a Mamá ladeándose el sombrero con la mano izquierda, y siempre hacía una sonrisita que, debajo de su bigote negro, parecía tímida. Había sido coronel de Tomás Urbina allá en Las Nieves. Hoy estaba retirado y tenía siete hijos, su esposa era Josefita Rubio de Villa Ocampo.

Gudelio Uribe, enemigo personal de Catarino, lo hizo su prisionero, lo montó en una mula y lo paseó en las calles del Parral. Traía las orejas cortadas y prendidas de un pedacito, le colgaban; Gudelio era especialista en cortar orejas a la gente. Por muchas heridas en las costillas le chorreaba sangre. En medio de cuatro militares, a caballo, lo llevaban. Cuando querían que corriera la mula, nada más le picaban a Catarino las costillas con el marrazo. Él no decía nada, su cara borrada de gestos, era lejana, Mamá lo bendijo y lloró de pena al verlo pasar.

Después de martirizarlo mucho, lo llevaron con el güero Uribe. “Aquí lo tiene, mi general –dijeron los militares–, ya nada más tiene media vida.” Dicen que el güero le recordó ciertas cosas de Durango, tratándolo muy duro. Entonces dijo Uribe que no quería gastar ni una bala para hacerlo morir. Le quitaron los zapatos y lo metieron por

en medio de la vía, con orden de que corrieran los soldados junto con él y que lo dejaran hasta que cayera muerto. Nadie podía acercarse a él ni usar una bala en su favor; había orden de fusilar al que quisiera hacer esta muestra de simpatía.

Catarino Acosta duró tirado ocho días. Ya estaba comido por los cuervos cuando pudieron levantar sus restos. Cuando Villa llegó, Uribe y demás generales habían salido huyendo de Parral.

Fue un fusilado sin balas.

EPIFANIO

El pelotón sabía que era un reo peligroso. Espiaba todos sus movimientos; vestía un traje verde y sombrero charro. Enfrente de él había un grupo como de veinte o treinta individuos, tipos raros, unos mucho muy jóvenes y otros de barba blanca. Era un hombre delgado, moreno, muy inquieto. Un fusilamiento raro.

Maclovio Herrera, con su Estado Mayor, después de discutir mucho, dijo al pueblo que Epifanio tenía que morir porque era un traidor; porque engañaba a la gente quitándole a sus hijos, a sus padres, en contra de Villa o de Carranza; gritó mucho en contra del reo, que ya en el paredón del camposanto, frente al pelotón, se levantó el sombrero, se puso recto, dijo que él moría por una causa que no era la revolución, que él era el amigo del obrero. Algo dijo en palabras raras que nadie recuerda. De la primera descarga sólo recibió un tiro en una costilla; se abrazó fuerte y recostándose sobre la pared, decía: "Acábenme de matar, desgraciados." Otra descarga y cayó apretándose el sombrero tan recio que fue imposible quitárselo para darle el tiro de gracia; se lo dieron por encima del sombrero, deshaciéndole un ojo.

La gente se retiró para sus casas; los compañeros de Epifanio llevaban en la mano todos los objetos que el fusilado les había regalado.

Dijo que él era amigo del obrero.

ZAFIRO Y ZEQUIEL

Dos mayos amigos míos, indios de San Pablo de Balleza. No hablaban español y se hacían entender a señas. Eran blancos, con ojos azules, el pelo largo, grandes zapatones que daban la impresión de pesarles diez kilos. Todos los días pasaban frente a la casa, y yo los asustaba echándoles chorros de agua con una jeringa de esas con que se cura a los caballos. Me daba risa ver cómo se les hacía el pelo cuando corrían. Los zapatos me parecían dos casas arrastradas torpemente.

Una mañana fría, fría, me dicen al salir de mi casa: “Oye, ya fusilaron a Zequiél y su hermano; allá están tirados afuera del camposanto, ya no hay nadie en el cuartel.”

No me saltó el corazón, ni me asusté, ni me dio curiosidad; por eso corrí. Los encontré uno al lado del otro. Zequiél boca abajo y su hermano mirando al cielo. Tenían los ojos abiertos, muy azules, empañados, parecía como si hubieran llorado. No les pude preguntar nada, les conté los balazos, voltéé la cabeza de Zequiél, le limpié la tierra del lado derecho de su cara, me conmoví un poquito y me dije dentro de mi corazón tres y muchas veces: “Pobrecitos, pobrecitos.” La sangre se había helado, la junté y se la metí en la bolsa de su saco azul de borlón. Eran como cristallitos rojos que ya no se volverían hilos calientes de sangre.

Les vi los zapatos, estaban polvosos; ya no me parecían casas, hoy eran unos cueros negros que no me podían decir nada de mis amigos.

Quebré la jeringa.

José Antonio tenía trece años

Estaban en la esquina de la Segunda calle del Rayo, viendo y riéndose con una muchacha. Distraídamente uno de los dos se recargó en el poste; puso toda la mano sobre una circular; los vio un soldado del cuartel de Jesús; los aprehendieron, los cintarearon mucho, llegó Miguel Vaca Valles y se le ocurrió interrogarlos. “¿De dónde son ustedes?” Eran de Villa Ocampo, Durango, primos entre sí; el chico, hijo de José Antonio Arciniega. “¡Ah! tú eres hijo de José Antonio. Voy a llevarlos a dar un paseo al camposanto”, dijo Vaca Valles, meciendo una sonrisa generosa.

Salieron con ellos, y contaron los soldados que los fusilaron, que el chico había muerto muy valiente; que cuando les fueron a hacer la descarga se levantó el sombrero y miró al cielo. Othón murió un poco nervioso; no les pusieron caja, los echaron así nomás.

Se hicieron mil gestiones para conseguir sacarlos y nada se logró; a todos los muebles de la casa de José Antonio se les saltó la cerradura, porque el muchacho se llevó el llavero en la bolsa del chaleco, y algunas cosas de valor. Vaca Valles, escrupuloso y delicado, no quiso que fueran saqueados los cadáveres de los muchachos de Villa Ocampo.

NACHA DE CENICEROS

Junto a Chihuahua, en X estación, un gran campamento vi-
llista. Todo está quieto y Nacha llora. Estaba enamorada de
un muchacho coronel de apellido Gallardo, de Durango.
Ella era coronela y usaba pistola y tenía trenzas. Había es-
tado llorando al recibir consejos de una vieja. Se puso en su
tienda a limpiar su pistola, estaba muy entretenida cuando
se le salió un tiro.

En otra tienda estaba sentado Gallardo junto a una
mesa; platicaba con una mujer; el balazo que se le salió a
Nacha en su tienda lo recibió Gallardo en la cabeza y cayó
muerto.

— Han matado a Gallardito, mi general.

Villa dijo despavorido:

— Fusílenlo.

— Fue una mujer, general.

— Fusílenla.

— Nacha Ceniceros.

— Fusílenla.

Lloró al amado, se puso los brazos sobre la cara, se le
quedaron las trenzas negras colgando y recibió la descarga.

Hacía una bella figura, imborrable para todos los que
vieron el fusilamiento.

Hoy existe un hormiguero en donde dicen que está enterrada.

Esta fue la versión que durante mucho tiempo prevaleció en aquellas regiones del Norte. La verdad se vino a saber años después. Nacha Ceniceros vivía. Había vuelto a su casa de Catarinas, seguramente desengañada de la actitud de los pocos que pretendieron repartirse los triunfos de la mayoría.

Nacha Ceniceros domaba potros y montaba a caballo mejor que muchos hombres; era lo que se dice una muchacha del campo, pero al estilo de la sierra; podía realizar con destreza increíble todo lo que un hombre puede hacer con su fuerza varonil. Se fue a la revolución porque los esbirros de don Porfirio Díaz le habían asesinado a su padre. Pudo haberse casado con uno de los más prominentes jefes villistas, pudo haber sido de las mujeres más famosas de la revolución, pero Nacha Ceniceros se volvió tranquilamente a su hogar deshecho y se puso a rehacer los muros y tapar las claraboyas de donde habían salido miles de balas contra los carrancistas asesinos.

La red de mentiras que contra el general Villa difundieron los simuladores, los grupos de la calumnia organizada, los creadores de la leyenda negra, irá cayendo como tendrán que caer las estatuas de bronce que se han levantado con los dineros avanzados.

Ahora digo, y lo digo con la voz del que ha podido destejer una mentira: “¡Viva Nacha Ceniceros, coronela de la revolución!”

LAS CINCO DE LA TARDE

Los mataron rápido, así como son las cosas desagradables que no deben saberse.

Los hermanos Portillo, jóvenes revolucionarios, ¿por qué los mataban? El camposantero dijo: "Luis Herrera traía los ojos colorados, colorados, parecía que lloraba sangre." Juanito Amparan no se olvida de ellos. "Parecía que lloraba sangre."

A los muchachos Portillo los llevó al panteón Luis Herrera, una tarde tranquila, borrada en la historia de la revolución; eran las cinco.

Los 30-30

Gerardo Ruiz, elegante, nervioso, con sonrisa estudiada, ostentaba catorce heridas que tenía en la caja del cuerpo. Al decirle que lo iban a fusilar se puso furioso, y todo su aspecto londinense se deshizo ante 16 cañones de unos rifles veteados y mugrosos.

— A mí no me pueden fusilar por esos papeles —gritaba con toda la fuerza de sus raquíuticos pulmones—, yo soy un caballero y no puedo morir como un ladrón. Desgraciados, bandidos, ¿por qué me mandan matar? ¡Yo no voy! ¡Bestias salvajes, bandidos, bandidos! ¿Entonces para qué soy villista? Yo no voy. Óigalo bien, viejo desgraciado —se refería al general jefe de las armas, Gorgonio Beltrán—, ese dinero a mí no me lo dieron los carrancistas, era mío, mío, mío —y se golpeaba el pecho—, morir yo por unos mugrosos papeles, no, no. Gritó y vociferó como dos horas. El general villista que lo mandó fusilar, oyó todos los insultos sin levantarse ni mover los ojos. Estaba sentado retorciéndose los bigotes.

— Que se lo lleven, ya ha desahogado su cólera, y que lo fusilen —dijo con voz suave y distraída. Su atención la tenía puesta en su bigote, que se amasaba con ritmos cadenciosos de viejo distraído.

Como el reo era peligroso, se le dobló la escolta. No quiso ir por media calle, porque dijo que él no era bandido,

se fue por la banqueta, iba furioso, insultaba a los soldados y al oficial. Había caminado desde el correo hasta la calle de San Francisco, cuando le arrebató el rifle a uno de los soldados, lo maromió, y al querer hacer fuego, el rifle se embalo. Acto de segundos; llovieron sobre su cuerpo ágil y nervioso como veinte balas, recibiendo nada más dieciséis y quedando con vida. Un 30-30 le dio el tiro de gracia, desprendiéndole una oreja; la sangre era negra, negra –dijeron los soldados que porque había muerto muy enojado–. Mucha gente vio este fusilamiento, era el mediodía. Mamá presenció todo.

Un jinete dio vuelta la esquina de la calle de San Francisco, frente al teatro Hidalgo; mecía en su mano trigueña y mugrosa un papel blanco, traía aprisionada la vida de Gerardo Ruiz.

Levantaron el cuerpo, lo pusieron en una camilla infecta, que hería de mugrosa; alguien, con el pie, aventó hacia uno de los soldados un pedacito de carne amoratada. “Allí dejan la oreja” –dijo riéndose de la estupidez de los 30-30. La levantaron y se la pusieron al muerto junto a la cara.

El jinete, con la vida en la mano, volvió al cuartel y la puso sobre una mesa.

POR UN BESO

A mí me parecía maravilloso ver tanto soldado. Hombres a caballo con muchas cartucheras, rifles, ametralladoras; todos buscando la misma cosa: comida. Estaban enfermos de la carne sin sal; iban a perseguir a Villa a la sierra y querían ir comidos de frijoles o de algo que estuviera cocido.

—Vamos a traer la cabeza de Villa —gritaban las parvadas de caballería al ir por las calles.

Una señora salió a la puerta y le gritó a uno de los oficiales:

—Oye, cabrón, tráeme un huesito de la rodilla herida de Villa, para hacerme una reliquia.

Hombres que van y vienen, un reborujo de gente. ¡Qué barbaridad, cuánto hombre, pero cuánta gente tiene el mundo!, decía mi mente de niña.

Llegó una tía mía para ver a Mamá, y le contó que un soldado yaqui había querido robarle a Luisa, mi prima; mil cosas dijo mi tía. Salieron en un automóvil color gris, y cuando volvieron estaban bastante platicadoras. Contaban detalles que ya no recuerdo, de cómo las había recibido el general Pancho Murguía; mi tía saltaba de gusto, porque le habían prometido fusilar al soldado y pedía ansiosa una taza de café.

—Qué bien tratan estos changos —le decía a Mamá—, ni parecen generales. Al ofrecerme que lo va a matar, es nada más para escarmiento de la tropa —repetía saboreando su café—. El susto que me pegó el malvado hombre, al quererse robar mi muchachita, no lo olvidaré hasta que me muera —aseguró convencida de su sufrimiento.

Al otro día, a la salida de las fuerzas de Murguía, al pasar por el panteón, de X regimiento sacaron a X soldado, el que nunca había visto a Luisa mi prima: ellos dijeron a la tropa: “Este hombre muere por haber querido besar a una muchacha.”

El hombre era yaqui, no hablaba español, murió por un beso que el oficial galantemente le adjudicó.

Había caído una terrible helada, la gente muerta de frío dijo distraídamente: “Mataron a un chango” (adjetivo que los de Chihuahua daban a los yaquis.) El viento contes-
tó: “Uno menos que se come Villa.”

Yo creo que mi tía hizo una sonrisa de coquetería para el general de los changos.

EL CORAZÓN DEL CORONEL BUFANDA

Carrancista que mandó matar todo un cuartel que estaba desarmado.

El coronel Bufanda traía la mano tesa de lanzar granadas. Los mesones desarmados eran el del Águila y Las Carolinas. El asalto dejó más de trescientos muertos en el del Águila. El coronel salió con la mano dormida.

En media calle, alguien, nadie supo quién, le tiró un balazo, se lo dieron en la paleta izquierda y le salió por la bolsa del chaquetín, echándole fuera el corazón.

“Bien gastada está la bala expansiva” –decían los hombres que pasaban.

Una doctora que vivía a un lado del mesón del Águila, metió al muerto en su casa; ya lo tenía tendido, cuando llegaron los de Rosalío Hernández, lo sacaron arrastrando, lo tiraron a media calle y los pedazos de su cabeza estaban prendidos de las peñas. Tenía un gesto de satisfacción.

La bolsa del chaquetín, la bolsa izquierda desgarrada como una rosa, dicen mis ojos orientándose en la voz del cañón.

La mejor sonrisa de Bufanda se las dio a los que levantaron el campo. Todos lo despreciaban, todos le dieron patadas. Él siguió sonriendo.

LA SENTENCIA DE BABIS

Babis vendía dulces en la vidriera de una tienda japonesa. Babis reía y se le cerraban los ojos. Él era mi amigo. Me regalaba montones de dulces. Me decía que él me quería, porque yo podía hacer guerra con los muchachos a pedradas. Él no podía pelear –no por miedo– pero es que él era ya un hombre grande. “Yo he visto agarrarse muchachos grandotes allá en la calle de Mercaderes, del lado del río.” Entonces él me dijo: “No me gustan las piedras tanto como los balazos. El día que me dé de alta –y se le hundían los ojos echando fuera los dientes–, voy a pelear muy bien.” Y me daba un puño de chiclosos. Todos los días me decía que ya se iba con una tropa y que le gustaban mucho los pantalones verdes. “Yo me compraré unas mitazas con hebillas blancas”, entonaba como una canción. Y muy seria le dije: “Pero te van a matar. Yo sé que te van a matar. Tu cara lo dice.” Él se reía y me daba confites grandes. Le conté a Mamá lo que Babis me dijo. Estaba yo re triste.

Un día encontré solos los dulces. Babis estaría vestido con pantalones verdes y botones. Qué ganas tenía de verlo. Sería como un príncipe.

Hacía un mes –un año para mis ojos amarillos–, sin ver a Babis. Un soldado que llegó de Jiménez buscó la casa.

Traía algo que contarle a Mamá. Llegó a cualquier hora. “Braulio, el que trabajaba en El Nuevo Japón, en la calle del Ojito, se había ido con ellos. Era un muchacho miedoso.” Así lo dijo aquel hombre, parado junto al riel, con las manos en las bolsas. (Yo le quise saltar al oír aquello. Babis no era miedoso.) Se robaba los dulces para mí. “En la toma de Jiménez, en los primeros prisioneros que agarraron, le tocó a Babis. Quemaron con petróleo a los prisioneros, estaba de moda. Así fue cómo en el primer combate Babis murió.” Yo creo que sin tener sus hebillas blancas. El hombre dijo, meciéndose en un pie, que no se le iban de los oídos los gritos de los quemados vivos. Eran fuertes. Después se fueron apagando poco a poco.

El soldado, con la mano derecha, hizo un ademán raro y se fue calle arriba, por en medio de los rieles del tranvía, meciéndose en sus pies, y llevándose los gritos de Babis en sus orejas.

EL MUERTO

Los balazos habían empezado a las cuatro de la mañana, eran las diez. Dijeron que el Kirilí y otros eran los que estaban “agarrados” en la esquina del callejón de Tita, con unos carrancistas que se resguardaban en la acera de enfrente. El caso es que las balas pasaban por la mera puerta, a mí me pareció muy bonito; luego, luego quise asomarme para ver cómo peleaba el Kirilí. Mamá le dijo a Felipe Reyes, un muchacho de Las Cuevas, que nos cuidara y no nos dejara salir. Nosotras, ansiosas, queríamos ver caer a los hombres; nos imaginábamos la calle regada de muertos. Los balazos seguían ya más sosegados. Felipe se entretuvo jugando con unas herramientas y saltamos a una ventana mi hermana y yo; abrimos los ojos en interrogación. Buscamos y no había ni un solo muerto, lo sentimos de veras; nos conformamos con ver que de la esquina todavía salía algún balazo, y se veía de vez en cuando que sacaban un sombrero en la punta de un rifle.

De pronto, salió de la esquina, donde estaba Kirilí, un hombre a caballo; a poquito andar, ya estaba frente a la casa -le faltaba una pierna y llevaba una muleta atravesada a lo largo de la silla-, iba pálido, la cara era muy bonita, su nariz parecía el filo de una espada. Él creía que iba viendo

un grupo de hombres grises, que estaban allá arriba de la calle y que le hacían señas. No volteó ni nada, iba como hipnotizado con las figuras. En ese momento no se cruzaban los balazos.

— Mira qué amarillo —dijo mi hermana con un chillido que me hizo recordar a Felipe Reyes.

— Va blanco por el ansia de la muerte —dije yo, convencida de mis conocimientos en asuntos de muertos.

Dos segundos y al llegar a la calle del Ojito desapareció. Los hombres comenzaron a disparar sobre la esquina de Tita, más fuerte que nunca, esto pasó en un instante, como si dijera en tres minutos. Fuimos arrastradas de la ventana por Felipe Reyes.

Ya no había balazos; salió toda la gente de sus casas, ansiosas de ver a quiénes les había “tocado”; había pocos conocidos por aquel rumbo, algunos carrancistas de frazadas grises, mugrosos, mugrosos y con las barbas crecidas.

El Mochito, con su uniforme cerrado y unos botones amarillos que le brillaban con el sol, estaba tirado muy recto como haciendo un saludo militar. Tenía la bolsa al revés, los ojos entreabiertos, el zapato a un lado de la cara, agujereado por dos balazos. Dicen que cuando ya estuvo caído le dieron dos tiros de gracia, poniéndole el zapato en la cara —él tenía dos manchitas, una junto del medio de las cejas y otra más arriba, y no estaba quemado de pólvora—. Dijeron que le habían puesto el zapato para que sus “tontas” —adjetivo que daban a las novias— no lo vieran feo.

A pesar de todo, aquel fusilado no era un vivo, el hombre mocho que pasó frente a la casa ya estaba muerto.

MUGRE

—José Díaz es el muchacho más bello que conozco, elegante, distinguido, me prometió venir a tomar café —dijo una hermana de papá.

—A Toña le gusta el “macuchi”, no le da vergüenza que la vean torcer las hojas. El café le gusta a Mamá, yo creo que por eso me gusta; los cigarros de Mamá son de cigarra. Mamá es más bonita que Toña —decía yo para terminar mis pensamientos profundos y cansados.

El bello José Díaz estaba platicando. Dije tres veces: “sí, voy a hacerlo novio de Pitaflorida, mi muñeca princesa, le haré un vestido azul y le pondré estrellas de `de veras`, de las que vende don Luis el varillero”. (Me hablé quedito cerrando los ojos.) Él usaba espada brillante, botones “oro y plata”, decían mis ojos empañados de infancia. José pasaba por la casa, iba, venía. José llevaba “gallos” con la banda en noches de luna y noches oscuras. De José se enamoraron las muchachas de la Segunda del Rayo. Cambiaba de traje todos los días, se paseaba en auto rojo. Un día le contó a Toña que él odiaba el sol, por su cara y sus manos. A ella le parecía muy bien y a mí (que me decían “solera”) me pareció mucho muy bien, por Pitaflorida; yo nunca hubiera casado a mi princesa con un hombre prieto.

No volvió, pero pasaba en las tardes. Yo sentaba a Pitaflorida en la ventana para que lo viera, y cuando la vestía le contaba las palabras que él decía. Mi muñeca se estremecía.

Al ruido del automóvil, Toña se ponía en la rendija del zaguán; mi muñeca era la única que no se escondía para verlo. A veces él se reía al ver la casa, Pitaflorida no se reía.

Hubo un combate de siete horas, los villistas dentro. El combate era zumbido; una caballería se fue por el cerro de los Aburridos derecho al rancho Rubio.

Al salir del cerro le dieron al chino Ortiz. Nomás se agarró el ombligo, El Siete corrió cuando él se ladeaba del caballo.

—¿De dónde te pegaron, Chino?

Contó El Siete que apenas pudo decir:

—Del cerro de la Cruz.

El cuartel de Guanajuato era el único que todavía contestaba el fuego, trataban de rendirlo. Los carrancistas se habían metido en las casas de enfrente, en las azoteas. Los soldados de Rosalío Hernández, que un día antes de salir de Parral detuvieron sus trenes a causa de la lluvia, entraron en línea de tiradores, hasta llegar al de Guanajuato, arrollando todo, y salvaron el cuartel.

Mamá se fue a buscar a su hijo de trece años. Me pegué a su falda. Junto del puente de Guanajuato estaba un chamaco abrazando a su caballo. “Aquél es –dije corriendo–. El Siete quiere mucho a su caballo.” Cuando ella lo volteó, vimos que era un muchachito cualquiera, tenía un ojo abierto y las manos “engarruñadas” sobre el caballo, yo creo que no tenía mamá.

Nos fuimos. Al llegar a la plaza Juárez, en Guanajuato, vimos unos quemados debajo del kiosco, hechos chicharrón, negros, negros; uno tenía la cabeza metida dentro de las rodillas. Vimos a nuestra izquierda el cuartel valiente, estaba cacarizo de balas. La banqueta regada de muertos carrancistas. Se conocían por la ropa mugrosa, venían de la sierra y no se habían lavado en muchos meses. Nos fuimos por un callejoncito que sale al mesón del Águila, que olía a orines –es tan angosto que se hace triste a los pies–, pero al ver un bulto pegado a la pared corrimos; estaba boca abajo, el cabello revuelto, sucio, las manos anchas, morenas. Las uñas negras, tenía en la espalda doblado un sarape gris, se veía ahogado de mugre, se me arrugó el corazón. “En este callejón tan feo”, dije yo al verle la cara. Me quedé asustada. ¡José Díaz, el del carro rojo, el muchacho de las señoritas de la Segunda del Rayo, por el que Toña lloró!

No, no, él nunca fue el novio de Pitaflorida, mi muñeca, que se rompió la cabeza cuando se cayó de la ventana, ella nunca se rió con él.

José Díaz, joven hermoso, murió devorado por la mugre; los balazos que tenía se los dieron para que no odiara al sol.

EL CENTINELA DEL MESÓN DEL ÁGUILA

El mesón del Águila es ancho, chato, sucio afuera y adentro; tiene el aspecto de un animal echado en las patas delanteras, y que abre el hocico.

Parte de la brigada Chao, desarmada la noche anterior, dormía. Los hilos de su vida los tenía el centinela dentro de sus ojos. En sus manos mugrosas, tibias de alimento; un rifle con cinco cartuchos mohosos. Estaba parado junto a la piedra grande; norteño, alto, con las mangas del saco cortas, el espíritu en filos cortando la respiración de la noche, se hacía el fantasma. No oyó el ruido de los que se arrastraban; los carrancistas estaban a dos pasos; él recibió un balazo en la sien izquierda y murió parado; allí quedó tirado junto a la piedra grande. Muy derecho, ya sin zapatos, la boca entreabierta, los ojos cerrados; tenía un gesto nuevo, era un muerto bonito, le habían cruzado las manos. Algunos lo miraban con rencor. –No dio el aviso–. Dentro del cuartel había trescientos cuerpos regados en el patio, en las caballerizas, en los cuartos; en todos los rincones había grupitos de fusilados, medio sentados, recostados en las puertas, en las orillas de las banquetas. Sus caras, salpicadas de sangre, tenían el aspecto desesperado de los hombres que mueren sorprendidos. (A un muchachito de ocho años, vestido de soldado, Roberto Rendón, le tocó morir

en el patio, estaba tirado sobre su lado izquierdo, abiertos los brazos, su cara de perfil sobre la tierra, sus piernas flexionadas parecían estar dando un paso: el primer paso de hombre que dio.)

“Más de trescientos hombres fusilados en los mismos momentos, dentro de un cuartel, es mucho muy impresionante”, decía la gente, pero nuestros ojos infantiles lo encontraron bastante natural.

Al salir del caserón volvimos a ver al centinela. Nadie sabía su nombre. Unos decían que había disparado un tiro; otros que no. Yo sé que el joven centinela no murió junto a la piedra grande. Él ya era un fantasma. Tenía cinco cartuchos mohosos en sus manos y un gesto que regaló a nuestros ojos.

EL GENERAL RUEDA

Hombre alto, tenía bigotes güeros, hablaba muy fuerte. Había entrado con diez hombres en la casa, insultaba a Mamá y le decía: “¿Diga que no es de la confianza de Villa? ¿Diga que no? Aquí hay armas. Si no nos las da junto con el dinero y el parque, le quemo la casa.”

Hablaba paseándose enfrente de ella. Lauro Ruiz es el nombre de otro que lo acompañaba (este hombre era del pueblo de Balleza). Todos nos daban empujones, nos pisaban, el hombre de los bigotes güeros quería pegarle a Mamá, entonces dijo: “Destripen todo, busquen donde sea.”

Picaban todo con las bayonetas; echaron a mis hermanitos hasta donde estaba Mamá, pero él no nos dejó acercar a Mamá. Me rebelé y me puse junto a ella, pero él me dio un empujón y me caí. Mamá no lloraba, dijo que no le tocaran a sus hijos, que hicieran lo que quisieran. Ella ni con una ametralladora hubiera podido pelear contra ellos. Los soldados pisaban a mis hermanitos, nos quebraron todo. Como no encontraron armas, se llevaron lo que quisieron, el hombre güero dijo: “Si se queja, vengo y le quemo la casa.”

Los ojos de Mamá, hechos grandes de revolución, no lloraban, se habían endurecido recargados en el cañón de un rifle de su recuerdo.

Nunca se me ha borrado mi madre, pegada en la pared hecha un cuadro, con los ojos puestos en la mesa negra, oyendo los insultos. El hombre aquél, güero, se me quedó grabado para toda la vida.

Dos años más tarde nos fuimos a vivir a Chihuahua, lo vi subiendo los escalones del Palacio Federal. Ya tenía el bigote más chico. Ese día todo me salió mal, no pude estudiar, me pasé pensando en ser hombre, tener mi pistola y pegarle cien tiros.

Otra vez estaba con otros en una de las ventanas del Palacio, se reía abriendo la boca y le temblaban los bigotes. No quiero decir lo que le vi hacer ni lo que decía, porque parecerá exagerado, volví a soñar con una pistola.

Un día aquí, en México, vi una fotografía en un periódico, tenía este pie: "El general Alfredo Rueda Quijano, en consejo de guerra sumarísimo" (tenía el bigote más chiquito), y venía a ser el mismo hombre güero de los bigotes. Mamá ya no estaba con nosotros, sin estar enferma cerró los ojos y se quedó dormida allá en Chihuahua -yo sé que Mamá estaba cansada de oír los 30-30-. Hoy lo fusilaban aquí, la gente le compadecía, lo admiraba, le habían hecho un gran escenario para que muriera, para que gritara alto, así como le gritó a Mamá la noche del asalto.

Los soldados que dispararon sobre él aprisionaban mi pistola de cien tiros.

Toda la noche me estuve diciendo: "Lo mataron porque ultrajó a Mamá, porque fue malo con ella."

Los ojos endurecidos de Mamá los tenía yo, y le repetía a la noche: "Él fue malo con Mamá. Él fue malo con Mamá. Por eso lo fusilaron."

Cuando vi sus retratos en la primera plana de los periódicos capitalinos, yo les mandé una sonrisa de niña a los soldados que tuvieron en sus manos mi pistola de cien tiros, hecha carabina sobre sus hombros.

LAS TRIPAS DEL GENERAL SOBARZO

Como a las tres de la tarde, por la calle de San Francisco, estábamos en la piedra grande. Al bajar el callejón de la Pila de don Cirilo Reyes, vimos venir unos soldados con una bandeja en alto; pasaban junto a nosotras, iban platicando y riéndose. “¿Oigan, qué es eso tan bonito que llevan?” Desde arriba del callejón podíamos ver que dentro del lavamanos había algo color de rosa bastante bonito. Ellos se sonrieron, bajaron la bandeja y nos mostraron aquello. “Son tripas”, dijo el más joven clavando sus ojos sobre nosotras a ver si nos asustábamos; al oír “son tripas”, nos pusimos junto de ellos y las vimos; estaban enrolladitas como si no tuvieran punta. “¡Tripitas, qué bonitas!, ¿y de quién son?”, dijimos con la curiosidad en el filo de los ojos. “De mi general Sobarzo –dijo el mismo soldado–, las llevamos a enterrar al camposanto.” Se alejaron con el mismo pie todos, sin decir nada más. Le contamos a Mamá que habíamos visto las tripas de Sobarzo. Ella también las vio por el puente de fierro.

No recuerdo si fueron cinco días los que estuvieron “agarrados”, pero los villistas en aquella ocasión no pudieron tomar la plaza. Creo que el jefe de las armas se llamaba Luis Manuel Sobarzo y que lo mataron por el Cerro de La Cruz o por la estación. Él era de Sonora, lo embalsamaron y lo echaron en un tren; sus tripas se quedaron en Parral.

EL AHORCADO

El hombre que tenía la mano salida de la ventanilla, amoratada y con las uñas negras –parecía estrangulada–, hablaba tan fuerte que el cigarro de *macuchi* detrás de la oreja se le movía mucho, parecía que iba a caérsele hasta el suelo; yo tenía ganas de que se le cayera. “Máquinas, la tierra, arados, nada más que maquinarias y más maquinarias” –decía abierto de brazos, meciendo sus ideas en el ir del tren. “El gobierno no sabe, el gobierno no ve.” Nadie le había contestado. Al llegar el hombre de las sodas, todos pidieron una botella, le ofrecieron. “No, yo nunca bebo agua, en toda mi vida, café, sólo café, el agua me sabe mal –dijo sonando la boca–, cuando lleguemos a Camargo, tomaré café.” Habló en diez tonos distintos, para pedirle a un fantasma la misma cosa: maquinarias.

Santa Rosalía de Camargo. Sandías, todos comían sandías; mi nariz pecosa la hundí en una rebanada que me dio Mamá; cuando de pronto, vimos un montón de hombres a caballo junto a un poste de telégrafo, tratando de encaramar una reata; cuando ya la pasaron, le dieron la punta a uno de ellos, picó ijares, el caballo pegó el arranque, en la otra punta estaba el que colgaban. El del caballo estaba a cierta distancia, con la reata tirante y miraba al poste haciendo un gesto como de uno que lee un anuncio de lejos;

fue acercándose poco a poco, hasta dejar al colgado a una altura razonable. Le cortaron el pedazo de reata. Se fueron llevándose la polvareda en las pezuñas de sus caballos. Mamá no dijo nada, pero ya no comió la sandía. El asiento de adelante quedó vacío; el hombre de la mano en la ventanilla estaba ahorcado enfrente del tren, a diez metros de distancia, ya se le había caído el cigarro de macuchi, el colgado parecía buscarlo con la lengua. El tren fue arrancando muy despacito. Dejó balanceándose en un poste al hombre que tomó café toda su vida.

DESDE UNA VENTANA

Una ventana de dos metros de altura en una esquina. Dos niñas viendo abajo un grupo de diez hombres con las armas preparadas apuntando a un joven sin rasurar y mugroso, que arrodillado suplicaba desesperado, terriblemente enfermo se retorció de terror, alargaba las manos hacia los soldados, se moría de miedo. El oficial junto a ellos, va dando las señales con la espada, cuando la elevó como para picar el cielo, salieron de los *treintas* diez fogonazos, que se incrustaron en su cuerpo hinchado de alcohol y cobardía. Un salto terrible al recibir los balazos, luego cayó manándole sangre por muchos agujeros. Sus manos se le quedaron pegadas en la boca. Allí estuvo tirado tres días; se lo llevaron una tarde, quién sabe quién.

Como estuvo tres noches tirado, ya me había acostumbrado a ver el garabato de su cuerpo, caído hacia su izquierda con las manos en la cara, durmiendo allí, junto de mí. Me parecía mío aquel muerto. Había momentos que temerosa de que se lo hubieran llevado, me levantaba corriendo y me trepaba en la ventana, era mi obsesión en las noches, me gustaba verlo porque me parecía que tenía mucho miedo.

Un día, después de comer, me fui corriendo para contemplarlo desde la ventana, ya no estaba. El muerto tímido

había sido robado por alguien, la tierra se quedó dibujada y sola. Me dormí aquel día soñando en que fusilarían otro y deseando que fuera junto a mi casa.

LOS HOMBRES DE URBINA

Le contaron a Mamá todo lo que había pasado. Ella no lo olvidaba. Aquellos hombres habían sido sus paisanos.

—Fue en Nieves —dijo Mamá—, allá en la hacienda de Urbina entraron a balazos los villistas, Isidro estaba allí (el Kirilí). Los sorprendieron. Ellos eran muy pocos y mataron a los más. A Urbina lo hirieron, luego se lo llevaron preso rumbo a Rosario, no llegaron; Urbina se perdió. La noche era tan oscura que parecía boca de lobo. Contaron que al general Villa le había sorprendido mucho la noticia de la muerte de su compadre Urbina, pero todos supieron que Fierro le dijo que Urbina se andaba volteando y que realmente él había tenido que intervenir a balazos. Mamá decía que todo se debió a una corazonada del jefe de la División del Norte.

Llegaron las tropas a Parral —decía Mamá que todo fue tan espantoso, andaban tan enojados, las caras las tenían desencajadas de coraje—. Por todos lados iban y venían, preguntaban, tenían la esperanza de que apareciera su jefe. No creían que estuviera ya muerto. Nadie lo sabía, más bien lo adivinaron.

Muchos fueron los fusilamientos, todos eran mis paisanos —decía Mamá con su voz triste y sus ojos llenos de pena—. Les pedían firmas, tenían que volverse villistas, si

no, los mataban, la mayor parte de los oficiales fueron fusilados; todos los generales reconocieron a Villa como jefe, una firma nomás y ya estaban salvados, pero Santos Ruiz no lo hizo; Santos era nativo de mi tierra, muy muchacho, como de unos veinticuatro años, general valiente, la voz de Mamá temblaba al decir que aquel hombre, soldado de la revolución, era nativo de su tierra. Mucho interés tuvieron en no fusilarlo. Santos les había dicho que él no quería ser villista. Nadie quería fusilarlo, hasta los más villistas pedían su vida y tenían esperanzas de convencerlo, le dieron de beber y ni con el sotol lograron quitarle una firma. Un día lo metieron a la cárcel a ver si lo hacían entrar en razón, según ellos decían. Después llegaron todos sus familiares; Fidelina, hermana de Santos que lo quería mucho, todos los días iba a la cárcel y le pedía al general Santos Ortiz la vida de su hermano. Una mañana ya no la dejaron entrar, él dio orden de que ya no pasara a verlo. Muchas fueron las cosas que le sucedieron a aquel hombre –decía Mamá con el recuerdo entre sus labios–. Cuando ya tenía quince días de estar preso, uno de sus compañeros, que era su amigo íntimo, y que también iba a morir junto con él, por su gusto, le dijo: “Te miras triste, parece que estás enfermo, rasúrate, Santos, te hace falta.” “Ya me van a matar y quiero terminar esta novela”, le contestó el joven general. No sabían cuándo, una hora, días, sólo sabían que los matarían porque ellos mismos se habían sentenciado.

“Les mandé unos libros, tres libros –dijo Mamá, muy interesada en contar la tragedia de aquel hombre valiente–. Mirando que podían entretenerse leyendo.” Nadie creía que los matarían, pensábamos que ya hasta se habían olvi-

dado de ellos, hasta el día que Fidelina salió corriendo de la casa de Tita. “Me matan a mi hermano –decía–, me matan a mi hermano.” Mamá dijo que le dio mucha tristeza; estaba descompuesta, desesperada, lastimaba verla. (Yo creo que su silueta negra impresionaba, pero como tenía trenzas le volarían por el viento, estarían más resignadas que ella y se verían más bonitas.) Volvió a entrar a la casa y luego salió corriendo. Tres descargas sofocadas se escucharon en la cárcel, era como la una de la tarde. “Dios guarde la hora” –decía Mamá llena de dolor. Ningún fusilamiento estaba tan presente en su memoria como éste; por nadie sentía tanta pena. Oí las descargas desde la puerta de la carpintería de Reyes, me puse la mano en el pecho, me dolía la frente, yo también corría, no supe qué hacer, luego, cuando oí los tiros de gracia, ya no di un paso más, me volví llorando. Habían matado a un paisano mío, nada se pudo hacer por él –Mamá se secaba las lágrimas, sufría mucho–. (Yo tenía los ojos abiertos, mi espíritu volaba para encontrar imágenes de muertos, de fusilados; me gustaba oír aquellas narraciones de tragedia, me parecía verlo y oírlo todo. Necesitaba tener en mi alma de niña aquellos cuadros llenos de terror, lo único que sentía era que hacían que los ojos de Mamá, al contarlo, lloraran. Ella sufrió mucho presenciando estos horrores. Su gente querida fue cayendo, ella la vio y les lloró.) Después trajeron las cajas, las tres cajas, las pusieron en la sala grande, todo querían que pareciera muy elegante, ¿para qué?, me decía yo dentro de mí, si Santos ya no vive. Las cajas tenían agarraderas como de plata y pusieron candeleros más grandes. Santos quedó en medio, los otros dos murieron por el gusto de ser sus amigos y para que no le

tocara a él solo. Yo miraba aquellas cajas –decía su voz–, aquellas velas tan grandes y todavía oía las descargas sofocadas como dentro de un jarro. Me contó Fidelina que dos horas antes de morir, se rasuró y les dijo, que lo hacía para que su hermana no lo viera feo. “Me verán limpio y mi hermana me perdonará.” Al estar frente a los soldados que lo iban a fusilar, les suplicó que no le dieran en la cara y dijo cómo deberían darle el tiro de gracia. Les ordenó que entregaran aquellos libros, y que *Los tres mosqueteros*, era lo que más le había gustado. “Pobrecito de Santos Ortiz”, exclamaba Mamá con las lágrimas en los ojos. “Dios lo tenga en su reino.” (Y por aquella vez su voz dejó de oírse, yo creo que para rezar por Santos Ortiz.) Otras veces, cuando ella estaba contando algo, de repente se callaba, no podía seguir. Narrar el fin de toda su gente era todo lo que le quedaba. Yo la oía sin mover los ojos ni las manos. Muchas veces me acercaba a sus conversaciones, sin que ella me sintiera.

Un día me agarró de la mano, me llevó caminando, íbamos a casa de mi madrina, era una señorita muy bonita, de ojos verdes, rubia, y tenía novio. Torcimos allí en San Nicolás y nos fuimos a Las Carolinas, en un llanito se paró, yo no le preguntaba nada, me llevaba de la mano, me dijo: “Le voy a enseñar a mi hija una cosa.” Miró bien y seguimos. “Aquí fue –dijo ella deteniéndose en un lugar donde estaba una piedra azul–. Mire –me dijo–, aquí en este lugar murió un hombre, era nuestro paisano, José Beltrán; les hizo fuego hasta el último momento; lo cosieron a balazos. Aquí fue; todavía arrodillado, como Dios le dio a entender, les tiraba y cargaba el rifle. Se agarró con muchos, lo habían

entregado, lo siguieron hasta aquí. Tenía dieciocho años.” No pudo seguir, nos retiramos de la piedra y Mamá ya no dijo ni una sola palabra. Yo volteaba a verle su cara y sin dejar de seguir sus pasos, mis ojos se detenían en su nariz afiladita. Cuando ya íbamos a llegar con mi madrina, me dijo Mamá: “Le adoras la mano a mi comadre, es tu madrina, tu segunda madre.”

Ella le contó que venía de ver el lugar donde había muerto José Beltrán, mi madrina le dijo algo. Después estaban platicando y tomando café. Conocí el lugar donde había muerto José Beltrán, no supe por qué, ni cuándo, pero ya nunca se me olvidó.

LAS TRISTEZAS DE EL PEET

El Peet dijo que aquella noche todo estaba muy sospechoso; llegaron muchas fuerzas de Chihuahua, se atropellaban en las calles. Parral, de noche, es un pueblo humilde, sus foquitos parecen botones en camisa de pobre, sus calles llenas de caballerías villistas, reventaban, nadie tenía sorpresa, los postes eran una interrogación.

¿Por qué parte de la División del Norte andaba con el tejano metido hasta los ojos? Ellos mismos no lo sabían.

El Peet le dijo a Mamá: “Ya se fueron todos, acabamos de fusilar al chofer de Fierro, y en el camino nos fue contando bastantes cosas; dijo: ‘El general Fierro me manda matar porque dio un salto el automóvil y se pegó en la cabeza con uno de los palos del toldo. Me insultó mucho y me bastó decirle que yo no conocía aquí el pueblo para que ordenara mi fusilamiento. Está bueno, voy a morir, andamos en la bola, sólo les pido que me manden este sobre a Chihuahua, que se sepa siquiera que quedé entre los montones de tierra de este camposanto’.”

Dijo El Peet que este hombre hablaba con la misma rapidez del que desea terminar cuanto antes con un asunto razonable. “Yo no entiendo, compañeros, por qué no me metió un balazo en el momento del salto.”

El Peet, dijo: “Oiga, Mamá, ¿se acuerda de ese pico de riel que sale allí luego, luego, a la salida de la estación?

Pues allí se le sangolotió el automóvil, el chofer era la primera vez que venía aquí y no conocía las calles.”

El reo había muerto bastante conforme. Dijo El Peet que no había tenido tiempo de asustarse. Que les había contado que toda aquella gente iba a Las Nieves a ver a Urbina, que Villa iba entre ellos disfrazado, que nadie sabía a qué iban.

“La tristeza que siento es que cuando cayó, todavía calientito, ni se acabaría de morir cuando los hombres se abalanzaron sobre él y le cortaron los dedos para quitarle dos anillos, y como traía buena ropa, lo encueraron al grado que no le dejaron ni calzoncillos. Si viera qué ladrones son. Siento vergüenza de todo”, dijo El Peet, afirmándose en un gesto de tristeza.

LA MUERTE DEL GENERAL FELIPE ÁNGELES

“Traen a Felipe Ángeles con otros prisioneros. No los maten”, decía la gente. Yo pensé que sería un general como casi todos los villistas; el periódico traía el retrato de un viejito de cabellos blancos, sin barba, zapatos tenis, vestido con unas hilachas, la cara muy triste. “Le harán Consejo de Guerra”, decían los periódicos. Eran tres prisioneros: Trillito, de unos catorce años; Arce, ya un hombre, y Ángeles. Nos fuimos corriendo mi hermanito y yo hasta el Teatro de los Héroes; no supimos ni cómo llegamos hasta junto al escenario, allí había un círculo de hombres, en el lado derecho una mesa, en el izquierdo otro mueble, no me acuerdo cómo era; junto a él, el agente del Ministerio Público, un abogado de nombre Víctores Prieto. En la platea del lado derecho estaba Diéguez. Sentado en el círculo, Escobar. Acá, junto a las candilejas, estaban sentados los prisioneros: Ángeles en medio, Trillito junto a los focos.

Interrogó la mesa grande, dijo algo de Felipe Ángeles. Se levanta el prisionero, con las manos cruzadas por detrás. (Digo exactamente lo que más se me quedó grabado, no acordándome de palabras raras, nombres que yo no comprendí.)

— Antes de todo —dijo Ángeles—, deseo dar las gracias al coronel Otero por las atenciones que ha tenido conmigo,

este traje –un traje color café, que le nadaba– me lo mandó para que pudiera presentarme ante ustedes. –Se abrió de brazos para que pudieran ver que le quedaba grande. Nadie le contestó. Él siguió–: Sé que me van a matar, QUIEREN MATARME; este no es un Consejo de Guerra. Para un Consejo de Guerra se necesita esto y esto, tantos generales, tantos de esto y tanto más para acá –y les contaba con los dedos, palabras difíciles que yo no me acuerdo–. No por mi culpa van a morir –dijo señalando a los otros acusados–; este chiquillo, que su único delito es que me iba a ver para que le curara una pierna, y este otro muchacho; ellos no tienen más culpa que haber estado junto conmigo en el momento que me aprehendieron. Yo andaba con Villa porque era mi amigo; al irme con él para la sierra fue para aplacarlo, yo le discutía y le pude quitar muchas cosas de la cabeza. En una ocasión discutimos una noche entera, varias veces quiso sacar la pistola, estábamos en X rancho, nos amaneció, todos creían que yo estaba muerto al otro día.

–¿Y llama usted labor pacífica andar saqueando casas y quemando pueblos como lo hicieron en ciudad Juárez? –dijo el hombre de las polainas, creo que era Escobar. Ángeles negó; el de las polainas, con voz gruesa, gritó–: Yo mismo los combatí.

Hablaron bastante, no recuerdo qué, lo que sí tengo presente fue cuando Ángeles les dijo que estaban reunidos sin ser un Consejo de Guerra. Yo e, yo i, yo o, y habló de New York, de México, de Francia, del mundo. Como hablaba de artillería y cañones, yo creí que el nombre de sus cañones era New York, etcétera... el cordón de hombres oía, oía, oía...

Mamá se enojó, dijo:

—¿No ven que dicen que Villa puede entrar de un momento a otro hasta el teatro, para librar a Ángeles? La matazón que habrá será terrible.

Nos encerraron; ya no pudimos oír hablar al señor del traje café. Ya lo habían fusilado. Fui con Mamá a verlo, no estaba dentro de la caja, tenía un traje negro y unos algodones en las orejas, los ojos bien cerrados, la cara como cansada de haber estado hablando los días que duró el Consejo de Guerra (creo que fueron tres días). Pepita Chacón estuvo platicando con Mamá, no le perdí palabra. Estuvo a verlo la noche anterior, estaba cenando pollo, le dio mucho gusto cuando la vio; se conocían de años. Cuando vio el traje negro dejado en una silla, preguntó: “¿Quién mandó esto?” Alguien le dijo: “La familia Revilla.” “Para qué se molestan, ellos están muy mal, a mí me pueden enterrar con éste”, y lo decía lentamente tomando su café. Que cuando se despidieron, le dijo: “Oiga, Pepita, ¿y aquella señora que usted me presentó un día en su casa?” “Se murió, general, está en el cielo, allá me la saluda.” Pepita aseguró a Mamá que Ángeles, con una sonrisita caballerosa, contestó: “Sí, la saludaré con mucho gusto.”

LA MULETA DE PABLO LÓPEZ

Todos comentaban aquel fusilamiento, dijo Mamá que hasta lloraban por Pablito; ella no lo vio porque estaba en Parral. Martín se lo contó todo. Lloraba mucho y le dijo: “que quería morir como su hermano Pablito: muy valiente, muy hombre.”

Pablito López un día mandó fusilar a unos americanos.

—No los fusile —le dijeron algunos hombres—, ¿no mira que son americanos?

Pablito López, el joven general, riéndose como si fuera un niño al que tratan de asustar, les dijo:

—Bueno, pues mientras se sabe si son peras o son manzanas, cárguenmelos a mi cuenta.

Y allí se quedaron los americanos muertos.

Un día fueron a Columbus. Pablo y Martín López idearon quemar toda la población. En el asalto salió herido. Se escondió en la sierra. Toda la gente de Estados Unidos gritaba en su contra, lo odiaban mucho y querían verlo colgado en un árbol.

Francisco del Arco, un coronel carrancista muy elegante, arregló que unos hombres le entregaran al herido. Apparently el coronel Del Arco había ido a buscarlo, desa-

fiando peligros, la gente dice que mentiras, que ese coronel era un elegante, pero todos felicitaron al muy hermoso.

Pablito, sostenido por una muleta y un bordón, fue traído a Chihuahua. Tenía varias heridas. Lo quisieron curar, él no se dejó; dijo: ¿qué para qué?, que ya no lo necesitaba. Él sabía que lo iban a fusilar. No lloró, no dijo palabras escogidas. No mandó cartas. La mañana de su fusilamiento pidió que le llevaran de almorzar. Al tomar su café, se fumó un cigarro. Le avisaron que lo iban a matar en el centro de la ciudad, frente al pueblo. Él se sonreía –así aparece en los retratos–. Agarró su muleta, se colgó de ella, bajó los ojos y se miró las piernas heridas, tímidamente levantaría la cara, como preguntando ¿qué, ya nos vamos?

Lo fusilaron frente al pueblo –existen muchos retratos de este acto–. Como última voluntad pidió el no morir frente a un americano que estaba entre la multitud.

–No quiero morir frente a ése –dijo con energía el tímido y joven general.

Las balas lo bajaron de su muleta y lo tendieron en el suelo. Sus heridas de Columbus ya no lo molestaban.

Yo creo que aquel coronel Del Arco se perfumaría el bigote, apretaría su triunfo entre el tubo de sus botas de militar elegante, y seguramente se fue marcando sus pisadas y creyendo en su importancia.

LA CAMISA GRIS

Tomás Ornelas iba de Juárez a Chihuahua, y cerca de Villa Ahumada, en la estación Laguna, el tren fue asaltado por el general Villa y su gente. Ornelas había sido hombre de su confianza. Tuvo algún tiempo el puesto de jefe de las armas de ciudad Juárez, pero se la entregó a los carrancistas, robándose muchas cosas y traicionándolo; después de esto tranquilamente se fue a vivir a El Paso.

El general siempre sabía las cosas; fue así como supo que Ornelas en esa fecha iba en el cabús de un tren, escondido y temeroso de que lo fueran a ver. Pero al oír la voz de Villa que le decía: “Quiúbole, amigo, ¿creía que ya no nos íbamos a ver en este mundo?” Se puso lívido, trató de meterse debajo del asiento y se revolvió como fiera en jaula.

“Qué bien vestido anda, mire qué buen sombrero y buena camisa trai con el dinero que se robó. Bájenlo -les dijo a sus hombres-. Cuélenle pa’ bajo”. Unas cuantas balas bien gastadas, le dijo a Mamá una voz que se acercó. La camisa gris cayó junto de la vía del tren y en medio del desierto, los ojos de Mamá detienen la imagen del hombre que al ir cayendo de rodillas se abraza su camisa y regala su vida. Cuentos para mí, que no olvidé. Mamá los tenía en su corazón.

LA SONRISA DE JOSÉ

Salvador es de la calle Segunda del Rayo, nació allí, fue de la gente de José Rodríguez. Le contó a Mamá algo de Carlos Almeida, algo del combate con Tomás Rivas. (Tomasito Rivas también era de allí, de la Segunda del Rayo.) Dijo que a José lo habían matado en una traición y que José para acá y José para allá, dijo muchas cosas; el caso es que José Rodríguez había nacido en Satevó, un día se volvió general villista, valiente, joven, sabía montar a caballo, conocía la sierra, estuvo en muchos combates y en todas las peleas, los hombros fuertes y anchos de José Rodríguez se abrían paso dejando enemigos caídos. No era peleonero ni hablador. Un día su jefe de Estado Mayor lo traicionó, lo hizo para quitarle el dinero que traía en la silla de su caballo. José Rodríguez se puso muy triste -yo creo que muy enojado-, por eso se dio un balazo en el cuello; nada más que cuando se lo iba a disparar le arrebataron la pistola.

Después lo mandaron a ciudad Juárez, allá lo iban a curar, pero no llegó vivo, en el camino unos rancheros americanos lo remataron.

Todos en Parral lloraban a José Rodríguez.

Hacía mucho sol, dos cuerpos estaban expuestos al pueblo, toda la gente los veía. "Es Pablo López", decían unos, "es Siáñez", decían otros. Nadie sabía. Aquellos dos

muertos eran Manuel Baca Valles y José Rodríguez. El enemigo dijo que eran unos bandidos; por eso los puso a la vista del pueblo; pero ellos mismos no sabían que el fuerte y alto era José Rodríguez, jefe de la caballería villista, brazo derecho de Francisco Villa. Se conformaron con decir: "son unos bandidos". Eran tontos los carrancistas, no sabían sus asuntos. Podrían haber escrito: Rodríguez, caballería villista... jefe... etcétera.

José Rodríguez, riéndose, les diría con voz de amistad: "de todos modos, muchachos, déjenme tomar tantito sol, aquí tirado frente al pueblo". (Pero no se los dijo, porque José se reía de ellos.)

En unas tablas los expusieron para que todo el pueblo de ciudad Juárez los viera.

Decía su papá: "mi José, mi hijo José, grandote era y muy fuerte; de edad veinte años, lo mataron. Cuando me trujieron la nueva, al monte me fui a llorar."

TOMÁS URBINA

Mi tío abuelo lo conoció muy bien. “Son mentiras las que dicen del Chapo –dijo mi tío–; el Chapo era buen hombre de la revolución.” ¡Ni lo conocían estos “curros” que hoy tratan de colgarle santos! Y narra, como si fuera un cuento, que el general Tomás Urbina nació en Nieves, Durango, un día 18 de agosto del año de 1877.

Caballerango antes de la revolución, tenía pistola, lazo y caballo. La sierra, el sotol, la acordada hicieron de él un hombre como era.

Su madre, doña Refugio, se desvelaba esperándolo. Rezaba al Santo Niño de Atocha. Él se lo cuidaba. Un hombre que atraviesa la sierra necesita ir armado y a veces necesitaba matar. Su panorama fue el mismo de todos. Hom-bres del campo, temidos de frente y muertos por la espalda.

Urbina portaba su pantalón ajustado de trapo negro, su blusa de vaquero y el sombrero grande. Pocos años en los huesos forrados de piel morena. Sabía montar potros, lazaba bestias y hombres. Tomaba sus tragos de aguardiente de uva, y se adormecía entrelazado en los cabellos negros de alguna señora (composición hecha a escondidas de mi tío).

La revolución y su amistad con Pancho hicieron de él un soldado de la revolución. Al que cuidaba el Santo Niño de Atocha.

Llegó a general porque sabía tratar hombres y tratar bestias. Llegó a general porque sabía de balazos y sabía pensar con el corazón.

Urbina, general, fracasó ante Urbina hombre.

En esos días él estaba en el Ébano, venía para Celaya. Allá en Nieves pasaron acontecimientos familiares, al saberlos vinieron a descomponer su sonrisa de general.

Margarito, el hermano, sabía todo: Doña María y el jefe de los talabarteros de la Brigada Morelos.

Urbina, con la estrella en el sombrero, con sus venas gordas palpitantes bajo la piel prieta, abriendo los ojos hasta hacer gimnasia, haría un resoplido de general ante aquellas noticias. (Todo esto es una suposición inocente, nacida hoy, acá donde la gente ignora al Santo Niño de Atocha y al general Tomás Urbina.)

Urbina le dio orden a su hermano de que llegara a Villa Ocampo, y que Catarino Acosta corriera a fusilar al talabartero en la puerta de la casa de doña María. Orden que se cumplió. Lo levantó y lo metió en su casa. En el cuarto donde Urbina le tenía permanentemente levantado un altar al Santo Niño de Atocha y velas encendidas, allí mismo tenía una cama donde dormía y rezaba. Nadie entraba en aquel lugar. Doña María tendió allí al fusilado. Lo veló y le hizo su entierro.

Allá en el Ébano, Urbina lo supo y todo él se descompuso. Sus sentimientos salieron en tropel.

Tres personas lo relatan. Pasaron las fuerzas de Rodolfo Fierro rumbo a Las Nieves, entre seis de la tarde y diez de la noche. ¿Qué día?, ¿qué mes?, ¿qué año? Todos iban muy apurados y hablaban en voz baja. Acabando de

llegar fusilaron al chofer de Fierro, y que al tiempo que lo llevaban al camposanto, les había contado que Villa iba allí disfrazado, que quién sabe a qué iría.

El Kirilí, que estaba con Tomás Urbina en la hacienda, ha dicho que a los primeros balazos ellos comenzaron a poner colchones de lana en las puertas, y que entonces a él le habían volado un dedo, seguramente el dedo donde él usaba su anillo de oro, que le quitó a un muerto. Kirilí vio cuando hirieron a Urbina y oyó que dio órdenes de cesar el fuego.

Martínez Espinosa, nacido en Las Nieves y sobrino de Urbina, con la sencillez que tiene el caso, relata lo que él vio:

Tomás Urbina Reyes tenía la muñeca de la mano izquierda seca. En el momento de los balazos lo hirieron en el brazo derecho, partiéndole completamente el antebrazo. Tenía otro balazo en el costado y no pudiendo ya disparar, se rindió. Sus heridas no eran de gravedad. Se quedó dentro del cuarto hasta que el general Villa entró, recibéndolo Urbina con estas palabras:

— Yo nunca me esperaba esto de usted, compadre.

A lo que Villa contestó, textualmente:

— Pues ya verá las consecuencias. (Había el antecedente de que doña Refugio, la mamá de Urbina, y el general Villa, se querían entrañablemente, así que cabía la esperanza de que no pasaría nada, a pesar de ciertos tratados que según se decía Urbina tenía con los carrancistas.)

Urbina, ya de pie, salió caminando al lado del general Villa y se fueron a la esquina. Allí estuvieron hable y hable. Nadie oyó nada, ni supieron lo que estaban tratando. Aquella conversación de Urbina herido y de Villa duró más

de dos horas. Cuando se desprendieron de la esquina, Villa traía a Urbina del brazo y se venían riendo; se veía que estaban contentos.

Nadie se esperaba lo que pasó un minuto después.

Al llegar los compadres junto a Rodolfo Fierro, Villa le dijo:

— Ya me voy. Mi compadre se queda para curarse.

A lo que Fierro contestó, casi dando un brinco:

— Ese no fue el trato que hicimos.

Y volvió el rostro instantáneamente para ver a su caballería, que la había formado casi rodeando la hacienda y lista para disparar.

Villa siguió la mirada y el ademán de Fierro, y rápidamente dijo:

— Bueno, mi compadre necesita curarse. Entonces llévelo, pero que primero se cure, porque mi compadre está malo. (Cuentan quienes vieron la escena, que si Villa defiende un poquito a Urbina, allí se habrían muerto los dos, porque toda la tropa era de Fierro; Villa no tenía un soldado, y Urbina unos cuantos que lo acompañaban en la hacienda.)

Entonces Rodolfo Fierro mandó que subieran al general Urbina al automóvil, junto con un individuo a quien le decían el doctor. Con ellos subió al coche el mismo Fierro. Iban nada más cuatro personas: ellos tres y el chofer. Al llegar a Villa Ocampo, rodearon el automóvil como sesenta hombres de Urbina, todos montados y armados, y le preguntaron:

— ¿Qué pasa, mi general?

Urbina les contestó:

—Pos que ya nos llevó... Pero desde este momento yo no doy un solo paso si no me van escoltando ustedes.

Salió el automóvil escoltado, hasta llegar a la cuesta del Berrendo, donde, por culpa misma del camino, el coche pudo dar vuelta a una curva y trepar rápidamente, dejando muy abajo a la caballería. Al estar arriba se detuvo tantito, y por más que corrieron los montados, ya ni el polvo le vieron, porque se fue casi desbocado hasta llegar a Las Catariñas. Allí están las tumbas, una de ellas dice: TOMÁS URBINA.

EL JEFE DE LAS ARMAS LOS MANDÓ FUSILAR

Allá en la Segunda del Rayo, eran las diez de la noche, un tropel se acerca. Vienen unas sombras en pedazos y luego hechas una comitiva pasan frente a la puerta.

Llevaban tres reos. Los caballos hacían rendijas de luz sobre sus cuerpos, al abrirse las patas de los animales; sus siluetas parecían las más tristes. Estaban callados, agachados, tal vez sin deseos de saber nada. El tropel se fue alejando paso a paso y al rato se oyeron unas descargas seguidas. Eran muy conocidos aquellos fusilamientos en la noche; hombres que llegaban de la sierra, anochecían y no amanecían. Esta vez le tocó a Herlindo Rodríguez y a dos más. Habían sido compañeros de Guillermo Baca y amigos de Abelardo Prieto. Murieron y nadie supo por qué los mató una escolta formada por hombres de la jefatura de la guarnición. Era jefe de las armas Maclovio Herrera.

La esposa de uno de los fusilados llegó a Parral, mandó sacar los cuerpos, los vio mucho rato, luego ordenó cajas para los tres, monumentos para los tres, y mandó que cerraran las tres tumbas con una reja de hierro.

El camposantero, Juanito Amparán, dijo que aquellos señores habían tenido suerte.

LAS ÁGUILAS VERDES

Perfecto Olivas “el Guachi”, salió de Parral a Santa Bárbara. Adán Galindo mandaba la escolta. Se acomodaron en el tren; al Guachi le tocó en cualquier parte, pero el lugar fue exactamente junto al capitán Galindo. La gente conversa en los trenes, se dicen confidencias, parece como si estuvieran más cerca unos de otros. No dijeron nada hasta el momento preciso en que lo tenían que decir. Adán Galindo, el capitán, habló primero. Su voz moduló estas palabras: “Oye, Guachi, si eres tan buen tirador, ¿a que no le pegas a aquel viejo que está allí?” Le señaló a un hombre que en aquellos momentos estaba sentado en un basurero. Por toda contestación, Olivas se echó el rifle al hombro y sobre la marcha del tren disparó; como siempre, su bala llegó.

Habló por teléfono Luis Herrera, de Santa Bárbara, y le dijo a Maclovio, su hermano, que le iba a mandar a Perfecto Olivas en calidad de prisionero, y para que se le juzgara severamente por varios y graves delitos.

Lo fusilaron una tarde fría, de esas tardes en que los pobres recuerdan su desamparo. Le cayó muy bien la cobija de balas que lo durmió para siempre sobre su sarape gris de águilas verdes.

Llegaron las tropas, se formaron frente al panteón. Luego, con paso lento y bien rimado, apareció el reo. Fu-

maba, vestía de gris y traía la forja metida hasta los ojos. Su aspecto desganado decía a las claras que no le interesaba nada de lo que pasaba.

Llegó Maclovio Herrera montado en un brioso caballo, seguido de todo su Estado Mayor. Se paró frente a la gente, en lugar donde pudiera ser mejor visto y oído. Luego, zangoloteando el caballo, dijo: “Este hombre es un bandidoooo... Muere por asesinoooo... Mató a un viejito y se robó a una muchacha.” El Guachi levantó la mano, quiso hablar pero no le hicieron caso. Insistió y fue inútil. Dijo a gritos: “Un hombre que va a morir, tiene derecho de hablar”, pero no se lo permitieron. Tiró con fuerza la vieja del cigarro de macuchi, ésta fue a caer sobre el cercado. Extendió su sarape, se levantó la forja, dejó descubierta su frente, parecía como si se fuera a sacar un retrato –las cámaras de los rifles le descompusieron la postura–. Cayó pesadamente sobre su sarape gris de águilas verdes. La tropa se movió; todos volvieron la cara al bulto gris que se quedaba allí tirado, apretando contra el suelo las palabras que no le dejaron decir.

La vieja del cigarro de hoja, allí junto al cercado, se quedó tirada. “Pobrecito –dijo Mamá–, ni su cigarro lo dejaron terminar.”

Maclovio, con su Estado Mayor, fue bajando al pueblo por la Segunda calle del Rayo. La mujer del muerto aprisionaba, llorando, los últimos centavos que el prisionero le dio; Felipa Madriles, dijo “que se los iba a comer de pan con sus hijos”.

LAS TARJETAS DE MARTÍN LÓPEZ

Martín López tenía una colección de tarjetas. En todas las esquinas se ponía a besarlas, por eso lloraba y se embo-rrachaba. Martín López era general villista, tenía los ojos azules y el cuerpo flaco. Se metía en las cantinas, se iba por media calle, se detenía en las puertas, siempre con los retra-tos en la mano; adormecido de dolor recitaba una historia dorada de balas.

“Mi hermano, aquí está mi hermano, mírelo usted, se-ñora, este es mi hermano Pablo López, lo acaban de fusilar en Chihuahua, aquí está cuando salió de la Penitenciaría, está vendado de una pierna, porque salió herido en Colum-bus –enseñaba la primera tarjeta temblándole la mano flaca y los ojos azules–; aquí lo tiene frente al paredón, tiene un puro en la boca, véalo, señora, sus muletas parecen que-brarse de un momento a otro. Bala tiznada, pesada como los gringos. Si mi hermano Pablito no hubiera estado heri-do, no lo hubieran agarrado. –Y se le salían los mocos y las lágrimas, él se limpiaba con la manga mugrosa del chaquetín verde, falto de botones. Seguía enseñando la herencia, así la llamaba él–. Aquí lo tiene usted con el cigarro en la mano, está hablando a la tropa, mi hermano era muy hom-bre, ¿no lo ve cómo se ríe? Yo tengo que morir como él, él me ha enseñado cómo deben morir los villistas. En éste ya

va a recibir la descarga, ¡cuánta gente hay viendo morir a mi hermano! Mire usted, señora, mire, aquí ya está muerto. ¿Cuándo me moriré para morir como él? –decía dándose cabezazos contra las paredes–. Mi hermano terminó como los hombres, sin vender las veredas de los jefes allá en la sierra. ¡Viva Pablo López! ¿Sabe lo que hizo? –decía con voz de confidencia–. Pues pidió desayuno, ¡ay qué Pablito! –exclamaba riéndose como un niño–. ¿Sabe otra cosa?, pues mandó retirar a un gringo que estaba entre la multitud, dijo que no quería morir enfrente de un perro. ¡Pablo López! –gritaba Martín calle arriba, dando tropiezos con sus pies dormidos de alcohol–. ¡Pablo López! ¡Pablo López!”

Una tarde medio nublada, Mamá me dijo que ya venían los carrancistas, ya casi todos los villistas habían evacuado la plaza; de pronto apareció por la esquina un jinete medio doblado en su caballo; muy despacito siguió por la calle en dirección al mesón de Jesús; al pasar frente a la casa lo vi, sus ojos parecían dos charcos de agua sucia, no era feo, tenía la cara del hombre mecido por la suerte, casi cayéndose del caballo se perdió en el fondo de la calle. Mamá dijo: “Martín López, no vayas a caer prisionero, las bendiciones de tu madre te cuidarán.”

III. EN EL FUEGO

EL SUEÑO DE EL SIETE

Dijo que nunca se había visto tan desamparado como en León de los Aldamas. Una mujer del pueblo le enseñó el camino. Contó que la gente les daba las salidas más seguras y muchos salvaron su vida.

A El Peet, desde que entraron al combate de Celaya ya no lo vio. Cheché Barrón le había dicho que estaba herido, le habían dado dos balazos, estaba clareado de las piernas, la bala de la espalda había sido terrible. “Seguro que no encuentras a tu hermano”, le dijo Barrón.

El Ratoncito, un caballo adorable, lo acompañaba. Él era un muchachito muy malo y demasiado consentido; no sintió tristeza al saber las heridas de El Peet, pero al verse solo, la noche de León, sí recordó la casa y a Mamá; dice que no lloró; no debe haber llorado, él era malo, pero el Ratoncito tenía luz en los ojos, y era un compañero.

El Peet siempre fue mejor, no tenía padres, era su primo. Cuando fue al combate de Celaya tenía diecisiete años, y sólo lo hizo para cuidarlo. Él no era soldado ni quería serlo, éste fue su único combate y salió herido. El joven de los sietes, entre risas graciosas, contó a Mamá que cuando se vio sin compañeros, creyó en Dios. Ya en despoblado, entre unos árboles, se sentó a pensar; estaba tan cansado que se fue quedando dormido sin sentir. El caballo se lo había

amarrado de una mano; dijo que cuando él estaba soñando que el Ratoncito tenía alas y volaban juntos, oyó un grito que era la voz de Villa, que decía: “Hijo, levántate.” Dice que lo oyó tan bien, que abrió los ojos en el preciso momento que Villa le volvió a decir: “Despierta, hijo, ¿dónde está tu caballo?” Riéndose Villa, junto con los hombres que le acompañaban, vio cómo el chamaco, rápido, saltó sobre su mano derecha y señaló su caballo. Esto no lo olvida él. Fue el único momento feliz de su vida, porque oyó la voz del general Villa. “Me recompensó Dios –decía cerrando los ojos–, oí a Tata Pancho.”

LOS HERIDOS DE PANCHO VILLA

En la falda del Cerro de la Cruz, por el lado de la Peña Pobre, está la casa de Emilio Arroyo; Villa la había hecho hospital. Allí estaban los heridos de Torreón, con las barrigas, las piernas, los brazos clareados. Villa en esos momentos era dueño de Parral; siempre fue dueño de Parral. Tenía muchos heridos, nadie quería curarlos.

Mamá habló con las monjitas del Hospital de Jesús y consiguió ir a curar a los más graves; así fueron llegando señoras y señoritas; había muchos salones llenos de heridos, los más acostados en catres que se habían avanzado de los hoteles de Torreón.

Mamá me dijo que le detuviera una bandejita, ya iba a curar; ahorita le tocó un muslo;apestaba la herida; la exprimía y le salían ríos de pus; el hombre temblaba y le sudaba la frente; Mamá dijo que hasta que no le saliera sangre no lo dejaba; salió la sangre y luego le pusieron un algodón mojado en un frasco y lo vendaron. Vino una cabeza, una quijada, como seis piernas más, y luego un chapo que tenía un balazo en una costilla; este hombre hablaba mucho; un vientre grave de un ex general que no abría los ojos; otro clareado en las asentaderas; curó catorce, yo le detuve la bandeja. Mamá era muy condolidada de la gente que sufría.

Un día oímos hablar a los heridos acerca de Luis Herrera: “Ese desgraciado qué bien murió; lo tenían acostado en el hotel Iberia de Torreón, llegamos y lo envolvimos en una colchoneta y lo echamos por la ventana, se llevó un costalazo; qué risa nos dio; le dimos un balazo en el mero corazón; después lo colgamos; le pusimos un retrato de Carranza en la bragueta y un puño de billetes carrancistas en la mano.” “Si hubiera tenido con qué sacarle un retrato –dijo un alto de ojos verdes–, lo habría puesto en un aparador para que lo vieran sus parientes que viven aquí.” Tenía el desgraciado la cara espavorida, como viendo al diablo. ¡Qué feo estaba!”, decían tosiendo de risa.

La noticia del día era que el general le había dado una trompada a Baudelio, porque éste había fusilado a unos que no quería que matara. Cada día se comentaba algo: “Los villistas triunfan, ¿por qué siguen en Parral y no se mueven? ¿Por qué no pueden avanzar más?”

Esa tarde todos hablaban en secreto. Fue llegando la noche, se movía la gente con el solo pensamiento de que los carrancistas llegaban, Pancho Murguía y todos los demás. En la mañana, el general ya se había ido; quedaban los soldados que siempre salen al último y, eso sí, muchos heridos, a muy pocos se pudieron llevar, quedaban los más graves.

Mamá en persona habló con el presidente municipal y pidió, suplicó, imploró; si estas palabras no son bastantes para dar una idea, diré que Mamá, llorando por la suerte que les esperaba a los heridos, anduvo personalmente hasta pagando gente para que le ayudaran a salvar aquellos hombres trasladándolos al Hospital de Jesús, de las monjitas de Parral. El presidente le dijo a Mamá que se metía a

salvar unos bandidos, ella dijo que no sabía quiénes eran. “En este momento no son ni hombres”, contestó Mamá. Al fin le dieron unas carretillas y se pudieron llevar a los heridos al hospital; en tres horas se hizo el trabajo. Mamá se fue muy cansada a la casa.

Llegaron los carrancistas como al mediodía; luego, luego comenzaron a entregar gente. A los heridos los sacaron del hospital, furiosos de no haberlos encontrado en la casa de Emilio Arroyo; con las monjitas no podían matarlos así nomás y los llevaron a la estación, los metieron en un carro de esos como para caballos, hechos bola; estaban algunos de ellos muy graves. Yo vi cuando un oficial alto, de ojos azules, subió al carro y dijo: “Aquí está el hermano del general –quién sabe cómo lo nombró–, aquí entre éstos”, y les daba patadas a los que estaban a la entrada; otros nada más les daban aventones; otros, para poder caminar por en medio de los heridos que estaban tirados, los hacían a un lado con los pies, casi siempre con bastante desprecio. Ellos decían que aquellos hombres eran unos bandidos, nosotros sabíamos que eran hombres del Norte, valientes que no podían moverse porque sus heridas no los dejaban. Yo sentía un orgullo muy adentro, porque Mamá había salvado aquellos hombres. Cuando los veía tomar agua que yo les llevaba, me sentía feliz de poder ser útil en algo. Mamá le preguntó al oficial qué iban a hacer con aquellos hombres. “Los quemaremos con chapopote al salir de aquí, y volaremos el carro”, dijo chocantemente el oficial.

Mamá tuvo que ir a la estación, ellos querían saber por qué los había llevado al hospital. Mamá contestó lo de siempre: “Ellos eran heridos, estaban graves y necesitaban

cuidados.” Contestó que no conocía a nadie, ni al general –sabían que ella estaba mintiendo y la dejaron.

Los heridos se estuvieron muriendo de hambre y de falta de curaciones. Casi no dejaban ni que se les diera agua. Todas las noches pasaba una linternita y un grupo de hombres que cargaban un muerto por toda la calle se iban; la luz de la linterna hacía un movimiento rítmico de piernas. Silencio, mugre y hambre. Un herido villista, que pasaba meciéndose en la luz de una linterna, que se alargaba y se encogía. Los hombres que los llevaban allí los dejaban tirados afuera del camposanto.

LOS TRES MESES DE GLORIECITA

Habían sitiado Parral; Villa defendía la plaza. Regados en los cerros, los soldados resistían el ataque. Los rumores: “Matan. Saquean. Se roban las mujeres. Queman las casas...” El pueblo ayudaba a Villa. Le mandaba cajones de pan a los cerros, café, ropas, vendas, parque, pistolas, rifles de todas marcas. La gente con su vida, quería evitar que entraran los bandidos.

El ataque se hizo fuerte del lado del camposanto, Cerro de la Mesa y del Cerro Blanco. Venían del Valle de Allende, pueblo que dejaron destrozado. Una tarde bajaron por la calle Segunda del Rayo, unos hombres guerreros; eran Villa y sus muchachos. Vestían traje amarillo. Traían la cara renegrida por la pólvora. Se detuvieron frente a la casa de don Vicente Zepeda; salió Carolina con un rifle (con el que ella tiraba los 16 de septiembre). Se lo entregó a Villa, él se tocó el sombrero. El rifle quedó colgado en la cabeza de la silla, y la comitiva siguió adelante.

A las diez de la noche la balacera fue más fuerte. Pasaron parvadas de villistas, gritando: “¡Viva Villa!” Otro rato largo, los enemigos entraban. Parecía que la calle fuera a explotar. Por las banquetas pasaban a caballo, tirando balazos, gritando. Comenzó el saqueo. Mamá contaba que al oír los culatazos de los rifles pegando en las puertas, les

gritó que no tiraran, que ya iba a abrir. Decía que había sentido bastante miedo. Entraron unos hombres altos, con los tres días de combate pintados en su cara y llevando el rifle en la mano. Ella corrió desesperada a donde estaba Gloriecita, que tenía tres meses. Al verla con su muchachita abrazada, se la quitaron besándola, haciéndole cariños; se quedaron encantados al verla, decían que parecía borlita. Se la pasaban con una mano y la besaban. Los ojitos azules de Gloriecita estaban abiertos y no lloraba. Se le cayó la gorrita, los pañales, quedándose en corpiño, pero parecía que estaba encantada en las manos de aquellos hombres. Mamá esperó. Uno de ellos, llamado Chon Villescás, levantó una mantilla, se la puso a la niña y se la entregó. Se fueron saliendo de la casa. Muy contentos se despidieron. Dieron la contraseña para que otros no vinieran a molestar. Iban gritando que muriera Villa y tirando balazos para el cielo.

MI HERMANO Y SU BARAJA

Lo aprehendieron con mucho misterio. Mamá se fue a hablar con el jefe de las armas, que estaba furioso, tan alto y colorado, tenía cara de luna llena. Gritaba con toda su alma, echaba fuego por los ojos, se paseaba de un lado a otro y nada más decía: “Fusílenlos, luego, luego; fusílenlos luego, luego,” y firmaba.

Estaba mandando matar a muchos, muchos, muchos, muchísimos. Mamá se quedó tan asustada que se fue corriendo hasta la estación, para hablar con Catarino. En esos días se habían reconcentrado las tropas en Parral, más bien en la estación era donde estaba la mayor parte de la gente. Aquello era un hormiguero, Mamá buscaba el carro de Catarino; en pedazos se ponía a correr. “Virgen del Socorro, cuídame a mi hijo”, decía ella sudándole la frente. “¿Me podía decir dónde está el carro de Catarino Acosta?”, preguntó ansiosa a un hombre que tenía estrellas en el sombrero. Él no dijo nada, señaló unos carros que estaban como quien va para el tinaco. Mamá echó a correr, pero ya los habían removido. Luego otros hombres dijeron que estaba entre los carros que iban a salir ya. “Me voy al cuartel general, porque me fusilan a mi hijo. Virgen del Socorro, mi hijo”, decía Mamá hablando con ella misma. Corrió en dirección a la sala de espera, que era por donde se podía salir; había

tanta gente a caballo, todos con las armas en la mano; yo iba detrás de ella y a veces podía trotar a su lado, ella no me agarró ni una sola vez de la mano, a veces me agarraba de su falda, pero ella, en su nerviosidad, me aventaba la mano, parecía que yo le atrasaba el paso y ni siquiera volteaba a verme. Al llegar al patio frente de la sala y tratar de atravesar, un hombre alto, de grandes mitazas, se paseaba gritando mucho. Echándole a un hombre de a caballo que parecía general, estaba rodeado de un Estado Mayor. El de las mitazas altas era el más enojado, y también tenía a su lado muchos hombres con los rifles en la mano, que nada más lo oían. No recuerdo exactamente la palabra que dijo, pero instantáneamente los de a caballo sacaron sus pistolas y las devolvieron como diciendo: no pudimos madrugarnos. Los de a pie bajaron sus rifles al suelo; jamás he podido olvidar el sonido que hicieron los rifles al prepararse, la rapidez y las caras temibles de los de a pie, hechas decisión, la expresión de los montados tratando de tirar primero.

Ya estaba Mamá hablando con el jefe de las armas. “Un telegrama al general, ¿lo pongo en el acto?” “¿Cómo sabe usted dónde está Villa?”, dijo. “Nadie lo sabe, ni nosotros que somos villistas.” Mamá no lloraba ni había preguntado por qué tenían a mi hermanito. “Su hijo sabe dónde está Perfecto Ruacho; nosotros necesitamos encontrar a Perfecto Ruacho; su hijo lo ayudó para escaparse. Sí, señora, y lo fue a encaminar hasta Las Ánimas.” Mamá pidió ver a su hijo y se puso a platicar con él. Había unas lonas bastante sucias tiradas, que formaban una torre de mugre. Allí se puso a hablarle, y cada vez que salía una escolta llevando hombres para fusilar, Mamá tapaba con las lonas a su hijo

y se quedaba ingrávida, como haciendo un esfuerzo para contener sus lágrimas. Aquello era un reborujo; entraban y salían, gritaban, hacían, discutían y siempre lo mismo: “fusílenlos, fusílenlos...”

Mientras Mamá estuvo allí junto de las lonas, vimos salir montones de hombres. En eso entró el “Chapo” Marcelino y se escandalizó de ver a Mamá allí. Formó una grietería en preguntas y se metió en el acto a hablar con el jefe. Salió con un papel en la mano y se lo enseñó a Mamá y le dijo: “Está segura, yo mismo lo voy a llevar.” Entonces fue cuando Mamá se puso la mano en los ojos, me buscó con la otra mano y así salió jalándome; yo no sabía nada y no perdía de vista al Chapo y a mi hermano. En la calle, Mamá se limpió los ojos y me dijo con una voz muy dulce: “Ya no van a matar a tu hermano, vamos al templo.” Entramos con la Virgen de la Soledad, una iglesia que está en San Juan de Dios.

Ya íbamos casi frente a la Sonora News, por la calle de Mercaderes, cuando oímos la marcha de una escolta; Mamá se detuvo para ver a los que llevaban, y “4, 8, y 4, 12 –decía Mamá ansiosa–, 28. ¿Cómo es posible?, pobrecitos muchachos. Es el de las mitazas altas, el hombre de la estación allí va adelante –dije con un chillido maravilloso y apuntando exactamente con el índice–. Sí, hija, sí hija –decía Mamá sosegando mis nervios infantiles–, ya sabía yo que los iban a matar –decía Mamá hablando con ella misma, parada en la banqueta–, puros hombres de Durango están muriendo, paisanos de nosotros.” No quiso ir por las mismas calles por donde llevaban a los paisanos y torcimos por el puente de San Nicolás, pasando por frente al Hospital de Jesús.

Llegamos a la casa, el “Chapo” Marcelino ya había estado allí y se había llevado unas cobijas y unos cojines para mi hermano.

Mamá tomó café con aguardiente y corrió a la cárcel. En la noche dijo que apenas había dormido; amaneciendo se fue a la cárcel. “Me parecía que ya no lo encontraba” – decía con lágrimas en los ojos. A los dos días hizo una bolsa de dinero, una reliquia grande, y se fue para embarcar a su hijo. Ella volvió sola. Una vez él volvió. Vino a México con la misma cara que se llevó, exactamente la misma expresión. No dijo nada acerca de Mamá. Se puso a mover una baraja que traía en la mano. El siete de espadas, el siete de oros, su obsesión. Ahora, ¿dónde está?

SUS CARTUCHERAS

“Nosotros nos hicimos carrancistas esta mañana”, dijo Manuel. El Siete le contestó que por qué al llegar la gente había gritado todavía en la calle de San Francisco que viviera Villa. “No sé”, contestó el capitán Gándara.

Al mediodía llegó el joven soldado, traía la cara más aventurera que nunca; el aspecto de los que comienzan a volverse traviesos y malos. Acababa de llegar de Chihuahua. Manuel tenía unas horas de estar en Parral, estaba parado en medio de un cuarto lleno de luz. El Siete, con su cara ancha, tranquila, haciendo una sonrisita sin miedo, que luego era fría, se metió en otro cuarto, se levantó el saco y gritó: “Mira lo que les vamos a llevar a la sierra.” Traía forrado el cuerpo de cartucheras, estaba agresivo.

Comieron juntos. El muchacho nomás estaba tanteando, no se quitó ni un momento las cartucheras. Traía una pistola que le llegaba hasta las rodillas. Dijo que se la había regalado José Rodríguez. “¿Sabes que le caí gracioso porque me vio que dos veces me tiraron la bandera de la mano, el otro día? Yo iba a agarrarla de nuevo, pero tata Pancho no me dejó.” Hablaba a Manuel con voz descarada y le trataba de incrustar las palabras en el pecho, como si fueran plomo.

Manuel jugaba con una tira de papel (siempre hacía barquitos después de comer). “Tenemos mucho parque,

ríos de cartuchos para almorzarnoslos a ustedes”, le dijo sin haberse quitado el sombrero ni la mano de la cintura. Demostraba grandes deseos de almorzarse a Manuel. Pero en eso llegó un hombre de cara tostada, se detuvo enfrente, montado en un caballo; no dijo palabra. El Siete sacó al suyo ensillado. “Nos vemos o nos tenemos que ver”, algo así habló al salir. Manuel se vistió de civil. “Va a venir aquél, le dan mi rifle y mi pistola”, dijo desde la puerta, echándole una mirada al barquito de papel caído debajo de la mesa.

En la guerra, los jóvenes no perdonan; tiran a matar y casi siempre hacen blanco. Manuel se rindió sin alardes, su barco de papel también se cayó.

EL CIGARRO DE SAMUEL

Samuel Tamayo le tenía mucha vergüenza a la gente. No lo hacían comer delante de nadie. Cuando hablaba, se ponía encendido, bajaba los ojos y se miraba los pies y las manos. No hablaba. Cuenta Betita que siempre se iba a comer a la cocina. El general Villa no lograba hacer que se le quitara la timidez. “Entre hombres no es así –le decía el general a Betita–, si lo vieras, hijita, pelea como un verdadero soldado. Yo quiero tanto a Samuel, cuando andábamos en la sierra, cuando cruzamos Mapimí, muertos de hambre y de sed, este muchacho, hijita, tan vergonzoso como tú lo miras, venía y me daba pedacitos de tortilla dura que me guardaba en los tientos de su silla. Me cuidaba como si fuera yo su padre. Mucho quiero a Samuel. Por eso te lo encargo.”

Un día Samuel, aquel muchacho tímido, se quedó dormido dentro de un automóvil, Villa y Trillo también se quedaron allí; dormidos para siempre. Cogidos a balazos. Samuel iba en el asiento de atrás, ni siquiera cambió de postura. El rifle entre las piernas, el cigarro en la mano, sóloladeó la cabeza.

Yo creo que a él le dio mucho gusto morir, ya no volvería a tener vergüenza. No sufriría más frente a la gente. Abrazó las balas y las retuvo. Así lo hubiera hecho con una novia. El cigarro siguió encendido, entre sus dedos vacíos de vida.

LAS BALAS DE JOSÉ

José Borrego era del distrito de Indé. De por ahí de Cerro Gordo. ¡Qué hombre! ¡Qué valiente! –exclama Salvador Barrero, seguro de lo que dice–. En mi larga vida de soldado entre los villistas, donde se miraban hombres verdaderos y valientes, no vi cosa igual. José Borrego sabía pelear él solo. ¡Ah, qué bárbaro era! Él enseñó a muchos las mañas de la guerra, entre los hombres de a caballo y de a pie.

Nos decía: “No saquen la cabeza, muchachos; no se buygan y tiren a la cabeza de los changos. Son las mejores balas. No se duerman, no se cansen, no ven que todo es querer y las cosas suceden. Siempre un hombre puede pelear con muchos, pero acuérdense, a la cabeza hay que tirar.”

“¿No miraron cómo me agarré en las cuevas con el Cagarruta y sus hombres? ¿Me hicieron algo? ¿Por qué? Pos porque yo tiro a la cabeza. Sigo a mis ojos hasta ver el polvito. No me buygo cuando estoy cazando.”

Aquel guerrero de la sierra se cansó de dar consejos; cuenta Salvador que un día le llegó una bala de esas que rompen las técnicas mejores, y entonces José, aquel José admirado y querido, no se movió y siguió a sus ojos –como él decía–, nada más que el polvito le cubrió la cara en esta ocasión, ya no lo pudo ver.

EL MILAGO DE JULIO

La Virgen del Rayo se estremeció de dolor, las estrellas de su enagua casi se desprendieron. Brilló tanto aquel momento, que por eso se ha quedado en la mente de todos.

Julio nos dijo, cuentan sus compañeros: “Ahí donde ven yo no quiero pelear. No por miedo. Miedo no tengo. La guerra entre nosotros es lo que me da tristeza. ¡Por vida de Dios, mejor quisiera ser chiquito!” –exclamó riendo.

Julio Reyes siempre se reía. Era un joven del color del trigo. Sus ojos cafés eran amables, parecían de un hombre bueno. Cuando pasaba por enfrente, platicaba con Mamá, allá toda la gente platica y se conoce. “Julio –le decía Mamá– ahí vienen los villistas, córrele, córrele.”

Los hombres que estaban arriba de la iglesia del Rayo ya se habían parapetado en espera del enemigo. Los enemigos eran: los primos, los hermanos y amigos. Unos gritaban que viviera un general, y otros decían que viviera el contrario, por eso eran enemigos y se mataban.

Julio creía en la Virgen del Rayo, por eso ella oyó su deseo. “Volverme chiquito”, había dicho él.

Bajaron para comprar cigarros y pan; entre ellos iba Julio, sus rizos rubios despeinados le darían el aspecto de un niño que juega con la tierra en el mero sol.

El combate estaba fuerte, tuvieron que ir agazapándose en las esquinas, parecían papeles que se llevaba el viento.

Al volver a la iglesia, todos entraron corriendo, Julio fue el último. Apenas pudo llegar; ya iba herido. Se recargó en la puerta por dentro. Cuando lo buscaron, el milagro se había hecho. Julio estaba quemado. Su cuerpo se volvió chiquito. Ahora era ya otra vez un niño.

Él se lo había pedido a la Virgen. Ella le mandó una estrella de las de su vestido. La estrella lo abrasó.

Lo enterraron en una caja chiquita. Los hombres que lo llevaron al camposanto lo iban meciendo al ritmo de sus pasos.

LAS SANDÍAS

Mamá dijo que aquel día empezó el sol a quemar desde temprana hora. Ella iba para Juárez. Los soles del Norte son fuertes, lo dicen las caras curtidas y quebradas de sus hombres.

Una columna de jinetes avanzaba por aquellos llanos. Entre Chihuahua y Juárez no había agua; ellos tenían sed, se fueron acercando a la vía.

El tren que viene de México a Juárez carga sandías en Santa Rosalía; el general Villa lo supo y se lo dijo a sus hombres; iban a detenerlo; tenían sed, necesitaban las sandías. Así fue como llegaron hasta la vía y al grito de ¡Viva Villa!, detuvieron los convoyes. Villa les gritó a sus muchachos: “Bajen hasta la última *sandilla* y que se vaya el tren.” Todo el pasaje se quedó sorprendido al saber que aquellos hombres no querían otra cosa.

La marcha siguió, yo creo que la cola del tren, con sus pequeños balanceos, se hizo un punto en el desierto. Los villistas se quedarían muy contentos, cada uno abrazaba su sandía.

LAS RAYADAS

Allá en la calle Segunda, Severo me relata, entre risas, su tragedia:

—Pues verás, Nellie, cómo por causa del general Villa me convertí en panadero. Estábamos otros muchachos y yo platicando en la puerta de la casa de uno de ellos. Hacía unos momentos que el fuego había cesado. Los villistas estaban dentro de la plaza. De repente, vimos que se paró un hombre a caballo frente de la puerta, luego nos saludó diciendo: “¿Quihúbole muchachos, aquí es panadería?” Nosotros le contestamos el saludo y le conocimos la voz; al abrir la hoja de la puerta, le dio un rayo de luz sobre la cara, y vimos que efectivamente era el general Villa. Estaba enteramente solo en toda la calle del Ojito. Nosotros, que sabíamos que ya no era panadería no le pudimos decir que no era, porque no pudimos; todo en aquellos momentos era sospechoso. Lo único que había de panadería era el rótulo. Los otros muchachos eran músicos como yo, y sastres. Muy contentos le contestamos que sí, que en qué podíamos servirle.

—¿Qué necesitan para hacerme un poco de pan para mis muchachos?

—Harina y dulce, general.

—Bueno, pues voy a mandárselas —dijo desapareciendo al galope. Nosotros nos quedamos muy apurados.

—¿Ahora qué hacemos? —nos decíamos yendo de un lado para otro.

—¿Qué hacemos? Pues vamos a llamar a Chema, si- quiera él sabe hacer rayadas, y entre todos haremos aunque sea rayadas para el general —les dije yo muerto de risa y de miedo.

Trajeron la harina y el dulce. Chema llegó corriendo. Prendimos los hornos abandonados. Nos remangamos y ahí estamos haciéndola de panaderos.

Salieron las primeras rayadas; las habíamos hecho de a medio kilo, las empacamos en unos costales y les dije: “Bueno, vayan al cuartel y llévenselas al general para ver si le gustan como están saliendo.”

Dicen que cuando el general vio los costales, se puso contento y agarró una rayada, la olió, y riéndose se la metió en el hueco de la mitaza, y que dijo: “¡Qué buenas rayadas!, síganlas haciendo así.”

Nunca supo el general que nosotros no éramos pana- deros, todos nos sentimos contentos de haberle sido útiles en algo.

LA VOZ DEL GENERAL

Metálica y desparramada. Sus gritos fuertes, claros, a veces parejos y vibrantes. Su voz se podía oír a gran distancia, sus pulmones parecían de acero. Severo me lo dice:

Fue en San Alberto, junto a Parral. Severo había salido en los momentos del combate para ir a ver a su novia. Pero como él era civil, podían tomarlo por espía; eso lo pensó hasta que llegó a San Alberto, lugar a donde estaba el general Villa, acompañado de unos quinientos hombres.

Severo se fue a la casa de su novia. Para evitar sospechas, le dijeron que se pusiera a partir leña en el patio de la casa. Villa se dio cuenta de que aquel joven no era de allí. Lo estuvo viendo y luego, paso a paso, se acercó y le dijo:

—Oye, hijo, ¿qué dejaste de nuevo en Parral? Tú acabas de llegar.

Severo, bastante sorprendido, le contestó rápido:

—Sí, general, vengo de Parral y dejé a los villistas agarrados en las zanjas. Yo pasé como pude, y con bastante trabajo, porque el tiroteo era muy fuerte y los muchachos estaban muy apurados.

Los soldados de Villa, que tenían la orden dada por el general de no acercarse para nada a las puertas de las casas, ni tan siquiera a pedir agua, casi todos estaban tendidos a lo largo en un cercado, en los llanos próximos; ya habían puesto sus lumbres y charrascaban carne.

Villa, al oír lo que le dijo Severo, instantáneamente le pegó un grito a sus hombres. Un grito de aquellos que él usaba para los combates: vibrantes, claros, que estremecían:

—Hay que irnos a auxiliar a los muchachos, están apurados, los changos están sobre ellos. Vámonos.

Dice Severo que aquél hervidero de gente, al oír la voz de su jefe, se paró como un solo hombre, dejando todo abandonado, sin probar bocado; que corrieron derechos a sus caballos, y que en un abrir y cerrar de ojos ya nada más habían dejado la polvareda.

—Los villistas eran un solo hombre. La voz de Villa sabía unir a los pueblos. Un solo grito era bastante para formar su caballería. —Así dijo Severo, reteniendo en sus oídos la voz del general Villa.

LAS LÁGRIMAS DEL GENERAL VILLA

Fue allí, en el cuartel de Jesús, en la Primera calle del Rayo. Lo vio mi tío; él se lo contó a Mamá y lo cuenta cada vez que quiere.

Aquella vez reunió a todos los hombres de Pilar de Conchos. Éstos se habían venido a esconder a Parral. Los concheños estaban temerosos y se miraban como despidiéndose de la vida. Los formaron en el zaguán del cuartel. Entró Villa y encarándose con ellos, les dijo: “¿Qué les ha hecho Pancho Villa a los concheños para que anden juyéndole? ¿Por qué le corren a Pancho Villa? ¿Por qué le hacen la guerra, si él nunca los ha atacado? ¿Qué temen de él? Aquí está Pancho Villa, acúsenme, pueden hacerlo, pues los juzgo hombres, los concheños son hombres completos.”

Nadie se atrevió a hablar. “Digan, muchachos, hablen”, les decía Villa. Uno de ellos dijo que le habían dicho que el general venía muy diferente ahora. Que ya no era como antes. Que estaba cambiado con ellos. Villa contestó: “Conchos, no tienen por qué temerle a Villa, allí nunca me han hecho nada, por eso les doy esta oportunidad; vuélvanse a sus tierras, trabajen tranquilos. Ustedes son hombres que labran la tierra y son respetados por mí. Jamás le he hecho nada a Conchos, porque sé que allí se trabaja. Váyanse, no vuelvan a echarle balazos a Villa ni le tengan

miedo, aunque les digan lo que sea. Pancho Villa respeta a los concheños porque son hombres y porque son labradores de la tierra.”

Todos quedaron azorados, pues no esperaban aquellas palabras. A Villa se le salieron las lágrimas y salió bajándose la forja hasta los ojos. Los concheños nada más se miraban sin salir de su asombro. Yo sé que mi tío también se admiró, por eso no olvida las palabras del general, y tampoco se olvida de las lágrimas.

EL SOMBRERO

Pepita Chacón, entre risas amables, recordó que en su casa cayó una vez nada menos que el general Villa, cuando un grupo de jóvenes estaba allí comiendo. Eran los elegantes del pueblo, sus piernas cruzadas por debajo de la mesa se mecerían rítmicamente, y sus barrigas infladas se entregarían a los horrores digestivos. Nadie supo cuándo ni cómo apareció ante ellos el general; cuando lo vieron ya estaba allí. “Buenas, muchachitos”, dijo sonriendo y acercándose a ellos. “¿Conque comiendo, eh?, miren nomás, muchísimos hermanos de raza ya quisieran tener una gorda de la quebrada, y ustedes hasta vino toman y chupan sus buenos cigarritos.” Cuentan que nadie le contestó y que había algunos que se pusieron pálidos, pálidos. Estaban como piedras; un solo movimiento –pensaban ellos– les hubiera costado la vida. El general buscó una silla y se sentó. Luego se echó atrás y se recargó en la pared.

“¿Cuántos de ustedes se tendrán que morir?”, les dijo fijando en todos sus miradas y buscando entre sus ropas algo. Al fin sacó un cigarro de macuchi, se puso a torcerlo. “Miren nomás”, les dijo sin mirarlos. “Cuando Huerta el pelón me tuvo encerrado en México, me enseñé a chupar. Yo no era vicioso, pero ya ahora me chupo mis cigarritos”, y sin preocuparse seguía tuerce y tuerce su cigarro. De pronto, se les quedó mirando uno a uno y les dijo:

“¿Cuántos de ustedes les habrán echado balazos a mis muchachos? Porque todos ustedes han sido de la Defensa Social, yo lo sé.” Lentamente volvió a bajar los ojos a su cigarro.

Hasta ese momento, ninguno de los elegantes, los curritos, como él les decía, había dicho media palabra. Luego, levantando la voz les dijo: “Los Terrazas no me han querido, quisieran que yo me muriera; pero yo no me muero. Muy por el contrario, me levanto temprano y ya cuando mis muchachitos tocan diana, yo ando viendo a ver cómo andan y qué les falta. Me bebo mi tacita de atole y mis gorditas. ¡Qué me voy a morir!”, exclamó con alegría. Y al mismo momento que encendía su cigarro, se quedó mirando a uno de aquellos hombres. Lentamente le dijo: “Oiga, amigo, ¿usted es aquél que me enseñó un sombrero en la tienda de Guillermo Baca, allá en Parral?” El aludido apenas meneó la cabeza diciendo que sí. “¿Se acuerda que su patrón no me lo quería enseñar? No creía que yo me lo mercaba. Ese sombrero lo perdí en un agarrón que me di con los de la Acordada. Los malditos *rudales* que no me querían, al igual que los curros, *pos* cuándo me van a poder ver, nomás pueden y me echan balazos. El día que mis muchachos les jurten a las hermanas, entonces sí van a querer a los villistas; pero a mis muchachitos no les gustan las curras”, dijo levantándose muy despacio y poco a poco, avanzando en dirección al zaguán, y a la vez que sonriendo, les decía:

“Bueno, pues ya los saludé, ya hablamos, ya nos veremos otra vez. Y cuiden de no andar noche en la calle, porque yo no respondo.” Luego le dijo a Pepita que apagara las luces del corredor y del zaguán para poder salir.

Apenas se fue, y todos adquirieron sus movimientos.

“Hombre, qué buen susto nos ha dado”, se decían. “Yo creía que buscaba a uno de nosotros”, decía alguno. “Yo ni lo hubiera imaginado”, exclamaba otro. “Quién iba a decir que de pronto aparecería aquí”. Y así, las voces se sucedían, casi danzaban. Uno de ellos preguntó: “Bueno, oye, ¿y eso del sombrero? Cuéntanos, hombre, ¿qué pasó?” El aludido fue narrando:

“Era el invierno de 1904, entró a la tienda uno de tantos rancheros; se paró frente al mostrador y se quedó mirando un sombrero que estaba colgado acá dentro en lo alto. Después de verlo un buen rato, se dirigió a don Guillermo, que escribía muy entretenido detrás del mostrador, y le dijo: ‘Quiero que me enseñe ese sombrero’. Don Guillermo, sin moverse, le dijo: ‘No tienes con qué comprarlo’, y siguió escribiendo en su máquina sin hacerle caso. El hombre aquel se quedó pensativo un momento y luego le dijo: ‘Oiga, quiero medirme ese sombrero’. Yo, que estaba más cerca del sombrero se lo descolgué y se lo enseñé. Se lo midió, le quedó muy bien, parecía hecho a su medida. Luego me miró, recuerdo muy bien sus ojos, y dándome dos pesos a cuenta, me dijo que se lo apartara. Días después vino y se lo llevó.”

“Qué buena memoria tiene, cómo te reconoció”, dijeron los jóvenes elegantes que habían escuchado el relato.

Estos elegantes de panzas infladas y cachetes colgando, no olvidan el susto que les dio aquel hombre de guerra.

Un sombrero fusilado por los nidaes es a veces de más interés que las vidas de algunos hombres, dijo Pepita a Mamá, riéndose de los jóvenes elegantes.

LOS VIGÍAS

Isaías Álvarez dice: “Una vez dejó el general a unos de los muchachos de vigías en un punto a orillas de la sierra, mientras él iba a sacar dinero a las Cuevas; al volver, don Carmen Delgado le dijo: ‘Deje que primero llegue yo solo, mi general, por cualquier cosa que pueda pasar’. De este modo se adelantó y llegó hasta el lugar donde se habían quedado los que estaban esperando. Poco a poco fue acercando su caballo, y al llegar se paró frente a la puerta. Estos hombres, seguro destanteados de no ver al general, preguntaron ‘¿y el general?’, don Carmen les contestó: ‘Ahí viene atrasito’.”

Don Carmen contaba que él había observado movimientos raros en aquellos muchachos, y que de pronto, sólo se le ocurrió decirles: “Regálenme un jarrito de agua.” Al traérsela, el mismo que hacía de jefe y otros dos, salieron haciéndose los tontos, y al ir a tomar el agua lo trataron de tumbar del caballo agarrándose uno de ellos a las bridas de éste. Rápidamente don Carmen les echó la bestia encima, y en el mismo momento salieron disparos de dentro de la casa, hiriendo a Delgado y matando a los dos muchachos que lo acompañaban. Al parar de manos al caballo, don Carmen le dio la vuelta y corrió por el desierto, frente a los que habían preparado la emboscada para matar al general. Le estuvieron haciendo fuego, pero como el caballo era

muy bueno, lo llevó haciendo culebrilla hasta desaparecer. Los muchachos que habían quedado allí muertos llevaban en las cantinas algún dinero en oro. Don Carmen traía en las suyas como cien mil pesos en billetes dólares.

Al llegar ante su jefe, lo informó de lo que había pasado, y sólo le dijo el general: “¿Pues cómo se las olió usted, don Carmen?”

LOS DOS PABLOS

Pablo Siáñez tenía todos los dientes de oro –se los había tumbado de un balazo Margarito Ortiz– (a Margarito Ortiz le decían el Chueco), lo fusilaron en Torreón; por cierto que ya en el paredón pidió que le concedieran darle una fumada a un cigarro que le prestaron; luego, lleno de risa, se puso frente al pelotón diciéndoles: “No quería morir sin antes darle una chupada a un cigarro, nosotros ni cigarros traemos.”

Pablito Siáñez había nacido en Cerro Gordo, Durango. Cuentan los que lo trataron que fue un hombre muy valiente. Un día, a la salida del sol, lo ejecutó personalmente el general Villa. Los que vieron la escena dicen que se fue resbalando del caballo para no levantarse más. ¿Por qué lo mataron? Aseguran que se disgustó con el general Villa, que se manoteó con él y que Pablo insultó al general, se hicieron de palabras y, en la discusión, sacaron las pistolas; la más rápida, como hasta entonces –de otro modo no hubiera sido el jefe–, fue la del general Villa.

Pablo Mares murió maromeando su rifle de caballería. Cuentan que detrás de una peña grande, un día que hacía mucho sol. Su cara era dorada, su frente bien hecha, sus ojos claros, nariz recta y manos cuadradas. Hermoso ejemplar. Sus hijos le habrían agradecido la herencia. Los

niños feos y enclenques, pobrecitos, y sus padres también. Los Pablos habrían dado hijos sanos y bien parecidos.

Yo creo que Pablo Mares dejó de maromear su rifle y el cuerpo fuerte, el regalo que hacía a la revolución cayó poco a poco, resbalándose sobre su lado izquierdo; las manos se fueron acostando sobre la peña y se quedaron quietas junto a la tierra, sus ojos claros no se cerraron. Su cara roja se fue muriendo poco a poco. Sus anchas espaldas reposaron ya tranquilas. Toda la sangre que corría hecha hilos rojos hervidos sobre la roca, pedía perdón por no haber dado hijos fuertes.

Pablo Mares era de nuestra tierra (jamás imaginó que yo le hiciera este verso sin ritmo); conozco su retrato y sé su cara de memoria. Me tuvo en sus brazos -yo era chiquita-, dijo Mamá que me durmió y me cantó. "Fue como un hermano mío; a todos mis hijos los quería como si fueran suyos", afirmó Mamá guardando el retrato de Pablo Mares.

Yo creo que sus brazos se durmieron junto con el rifle después de un canto de balas.

LOS OFICIALES DE LA SEGUNDA DEL RAYO

Cuentan que es verdad que se aparecen en la calle...

Estos hombres estaban conformes con su suerte. Su alegría, nadie, ni las balas, lograron desbaratarla. Ni los desengaños de amor, ni la muerte han podido alejarlos de una calle a donde vienen en las noches.

—Oye, Gándara —decían las chicas bonitas y risueñas—, y Rafael Galán ¿cómo murió?

Gándara contestaba:

—Pues sin darse cuenta. Rafael era así, no se daba cuenta. Era romántico Rafael Galán. Todavía no habíamos llegado a Santa Bárbara, donde fuimos a pelear, cuando cayó con una herida en la frente.

Y luego agregaba, como final a su relato:

—Estaba tan cansado, su corazón ya no era suyo, lo había dejado aquí en esta calle.

Las muchachas parecía que se entristecían un poquito. “Pobrecito de Rafael”, decían, viéndose unas a las otras.

—No era pobrecito, ¡cómo lo iba a ser! Si lo enterramos muy bien —dijo Gándara, y luego empezó la narración exacta del día que tuvo su capitán Galán.

—Una de las avanzadas enemigas, al vernos ir, nos

mandó de saludo un balazo. Rafael, era tan fino y amable, lo recibió en la cabeza y se nos murió luego, luego.

—Fue tan guapo —aseguraba la voz de una joven de cabellos rubios.

—Sí —dijo el capitán Gándara—, así decían que era, por eso todas las muchachas se enamoraban de él, y a eso se debe que le hiciéramos un entierro tan bonito. Le cruzamos las manos, su cara le quedó más pálida, su pequeño bigote negro, su barba cerrada, su cabello quebrado, su nariz, todo él estaba mejor de como había sido en vida.

Las jóvenes lloraban. El capitán Gándara siguió narrando:

—Escogimos un campo donde había muchas flores, cavamos la sepultura, lo enredamos en sus cobijas, lo bajamos con cuidado, se nos salieron las lágrimas cuando echamos la tierra. Las jóvenes sollozaban.

—Cada uno de sus amigos (éramos muchos) le pusimos un ramo de flores sobre su tumba y seguimos hasta Santa Bárbara, tomamos la plaza y murieron otros. Dejamos una guarnición nuestra, y aquí estamos de vuelta. Muy chula muerte tuvo Galán —dijo para finalizar su narración.

—Mataron al Taralatas. ¡Pobrecita de su mamá! —seguían diciendo—, pero, ¿cuál era? ¿Aquel alto, medio colorado, que cuando se emborrachaba casi hacía hablar a su caballo frente a las muchachas?

—Sí, hombre; cómo no; siempre pasaba gritando, aquel grito suyo: “ay, tontas, ya les estoy perdiendo el miedo”, y se iba calle arriba.

Lo mataron aquí en Parral, allá por el mesón del Águila. El Taralatas, ¿cómo se llamaba? Lo ignoran los recuerdos, Taralatas le decían y así murió.

Mataron al Perico Rojas, a Gómez, al Chato Estrada. Fusilaron a los Martínez. Se perdió en el combate Sosita, y así pasaban las noticias de boca en boca. Cada uno tenía una canción preferida y las fueron dejando de herencia a los que las quisieron. Los cantos de aquellos oficiales alegraban la calle, se les veía en las esquinas haciendo una rueda para juntar sus voces, abrazados por los hombros. Desde allí, mandaba cada uno su canción. Muchas señoritas se quedaron solteronas porque ellos se morían gritando en los combates. Ernesto Curiel, José Díaz, el Pagaré, Rafael Galán, el Taralatas, el Kirilí, Perico Rojas, Chon Villezcas y tantos otros...

Aquella calle tenía muchachas casaderas; los jóvenes oficiales pasaban y pasaban. Miradas amorosas, señas con el pañuelo, y todo el lenguaje que ellos poseían.

Federico Rojas sólo cantaba una canción; la dejó para los pobres:

*Quando el pobre está más
arruinado, ni los de su casa
lo pueden ver.
Es pelado, es plebeyo, es
borracho, trabaja al rendir
y no sabe cumplir.
¡Ah!, qué mancha tan negra es
la pobreza. Cuando el rico amanece
tomando, todita la gente,
con gusto el señor.
Para el rico no hay cárcel,
no hay pena, comete una falta,*

*sale con honor.
¡Ah!, qué mancha tan negra es
la pobreza.*

*Cuando el pobre las trata de
amores, pelado, atrevido, es
infiel a su amor.*

*Para el rico no hay cárcel,
no hay pena,
comete una falta,
sale con honor.*

*¡Ah!, qué mancha tan negra es
la pobreza.*

*Cuando el rico las trata de
amores. Unas a las otras: me
habló este señor.*

*Le contestan con orgullo ufano:
Oiga, don Fulano, es suyo mi amor.
¡Ah!, qué mancha tan negra es
la pobreza.*

Las muchachas de la Segunda del Rayo se olvidaron de los oficiales, y dieron hijos a otros hombres.

Esta canción era la de todos, la cantaban juntando sus voces y haciendo una rueda, enlazaban sus brazos por los hombros:

*Uy, uy, uy,
Qué feria tenemos,
Como todos lo dirán
Son oficiales de veras,*

*Que ya vienen de pelear.
Ay, teniente, capitán,
Sotol, aguardiente,
Viene mi capitán.
Uy, uy, uy,
Ya toca el clarín.
Y nos llama p'al cuartel
Ahí vienen ya los muchachos,
Ahí viene mi coronel.
Kirilí, Perico, Rafael, Taralatas
Federico, Federico.
Uy, uy, uy,
Qué tontos muchachos,
Ya nos vamos a bailar.
Ahí vienen ya los guilanches
No nos vengan a matar.
Capitán, presente.
Mi pistola, mi reloj.
Mi teniente uy, uy, uy.
No tiren pistolas,
Que nos vamos a acostar,
Los muchachitos de Villa,
T'amos listos
Pa' pelear.*

En las noches su canto sigue testereando sobre las puertas, ellos se barajan en la sombra para dejarse ver con la luna; sus cuerpos se alargan, yo creo que quieren parecer fantasmas de cuentos para niños miedosos.

ABELARDO PRIETO

*Abelardo nos decía: ni me quisiera entregar,
mejor voy y me presento a Hidalgo del Parral.*

Las gargantas de los soldados, más que cantarlas, gritaban las palabras.

Abelardo Prieto, un joven de veinte años, nacido en la sierra, junto a Balleza, en el mero San Ignacio, perteneciente al Valle de Olivos, se había levantado en armas con Guillermo Baca. Fue en el Cerro de La Cruz, una mañana de noviembre. Un puño de hombres, con el grito de la revolución y la bandera tricolor, quebraban el silencio del pueblo, mandando balazos a todas las rendijas donde estaban los rurales. Parecía que jugaban sobre sus caballos. Corrían por las plazas, iban a los cerros, gritaban y se reían. Los que vieron el levantamiento cuentan que no parecía un levantamiento.

Don Guillermo Baca fue el primer jefe revolucionario del Norte. Protegía a los pobres de Parral. Se acuerdan de él con mucho cariño. Era comerciante, tenía conocimiento con todos los hombres de la sierra y con ellos formó su tropa.

La noche del 20 de noviembre se subieron al cerro, al otro día bajaron haciendo fuego y gritando vivas. Al bajar del cerro, les mataron al abanderado. Todos salieron rum-

bo a la sierra. En Mesa de Sandías combatieron. Desapareció don Guillermo Baca. Su caballo apareció solo, la silla tenía manchas de sangre. Nadie lo encontró. Pasaron días y meses, nadie supo nada. En Parral lloraba la gente.

En una cueva hallaron los puros huesos de don Guillermo. El pueblo se paró frente a Palacio y allí lo velaron. Cuando lo fueron a enterrar, este Abelardo les gritó a todos que los Herrera eran los causantes de la muerte del jefe. Abelardo se fue a la sierra.

Un día el jefe de las armas mandó aprehender a Abelardo.

*Háganse rueda, muchachos,
vengan todos a cantar
la tragedia de Abelardo,
yo se la voy a enseñar.
Salió Abelardo y su padre,
el capitán y su gente;
tienen que ser aprehendidos
por orden del presidente.
Salió Abelardo y su padre,
dispuestos para salir,
de su familia y esposa
se fueron a despedir.
Abelardo nos decía:
me avisa mi corazón
que éstos son preparativos
de una terrible traición.
Abelardo les decía:
quiero ver su remisión,*

*le presentaron la carta
de muy buena condición.
Y en la carta le decían:
no tienes ni qué temer,
entrega todas tus armas,
no te vamos a ofender.
Su padre le dice:
Hijo, no tenemos qué temer.
Si no tenemos delito
ahora lo vamos a ver.*

Los encerraron en Palacio, los querían matar. Los Herrera hicieron todo lo posible para que desapareciera Abelardo. Los soldados de Balleza, capitaneados por Cornelio Meraz, sitiaron Palacio. Todos tenían el rifle en el hombro y un ojo cerrado. Apuntando ordenaron que les fueran entregados los presos. Todo pasó en unos minutos. La tragedia dice:

*La gente que traía Prieto
descogida con despacio,
la prueba ahí se la dieron
lo sacaron de Palacio.*

Abelardo y su gente salieron a la sierra. Allá estaban cuando una noche les cayó de sorpresa, en el momento en que el padre y el hijo estaban descuidados, un hombre nombrado Jesús Yáñez.

En el ranchito de San Juan, por el río arriba de Balleza, allí murieron asesinados por Yáñez y su escolta. Cuando

sucedieron las descargas, Abelardo se tiró al río y cayó en la orilla dentro del agua, los balazos los tenía en la espalda. A su padre lo fusilaron en la puerta de su casa.

*Sábado 15 de julio
qué triste quedó la plaza.
Abelardo lo mataron
en la puerta de su casa.
Su madre lloraba triste
con el corazón partido:
ya mataron a Abelardo
y a Francisco mi marido.*

Yáñez era teniente de la gente de los Herrera.
Abelardo tenía, al morir, 21 años; fue maderista desde 1910. Empezó siendo cabecilla de cuatro amigos y terminó teniendo una tropa.

*Los cuarteles de la sierra
se quedaron azorados
de ver a Abelardo Prieto,
cómo tumbaba soldados.*

Los que todavía recuerdan a Abelardo cantan la tragedia. Son así las deudas entre hombres; se pagan con canciones y balas. Los Herrera no cantan, sus cuerpos cobijaron balas que no iban dirigidas a ellos; sin embargo, Abelardo Prieto está vengado.

LAS HOJAS VERDES DE MARTÍN LÓPEZ

Fue el 4, era septiembre, ¿de qué año? A Martín López se le incrustó en el vientre una bala fría. Esto sucedió después de un combate que daban los villistas al ir sobre la capital de Durango. Fue en la hacienda La Labor y murió al llegar a Las Cruces. En el acto se supo que había muerto el segundo de Villa. Los “Carranzas” llegaron unos días después y lo desenterraron. Querían ver si, efectivamente, era Martín López. Le tenían tanto miedo, que cuando lo sacaron de debajo de la tierra, lo vieron incrédulos. Le sacudieron la cara, le limpiaron los ojos, le abrieron la blusa, y le vieron el vientre donde tenía alojada la bala. También le despegaron unas hojas todavía verdes que le cubrían la herida. Hicieron muchas cosas para convencerse de que Martín estaba muerto. Martín López, el hombre que les había hecho tantas derrotas, aquel joven general que no los dejaba ni dormir. Le tenían mucho miedo.

El general Villa lo lloró más que a nadie. Lo quería como un hijo. Desde la edad de 12 años, en 1911, Martín López era su asistente.

Pablo, Martín y Vicente López, tres hermanos, murieron siendo villistas, el último fue Martín, llegó a ser su segundo y su hijo. Nadie con más derecho puede llamarse hijo del general Villa. Martín sí se parecía a Villa, era su hijo guerrero. En él, el general realizó sus ideas guerreras

con exactitud matemática. Nadie pudo haberlo entendido en los momentos de batalla mejor. El muchacho, delgado y rubio, estaba borrado por la tierra con que le habían tapado los compañeros. Sus manos, ágiles para manejar las riendas y repartir las balas, ya no existían. Podían quedar contentos los enemigos, podían llorarlo sus compañeros, otro Martín López no volvería a verse por esos rumbos. (Así fraseaba un poeta del pueblo que me narró espontáneamente la muerte del general Martín López.)

TRAGEDIA DE MARTÍN

Paloma Real de Durango, párate allí en el Fortín. Les dices a los “Carranzas”, que aquí se queda Martín.

Martín López les decía: ni miedo les tengo yo, y jugando a los balazos, ninguno se le escapó.

Martín López les decía cuando atacaron Columbus: quemamos todas las casas y nos vamos a otros rumbos.

En la hacienda La Labor, una bala lo alcanzó: dos días luego pasaron y luego se nos murió.

Martín López nos decía: no se vayan a rendir, mejor se mueren alzados y así es bonito morir.

Martín López le hace piernas a su caballo alazán, en llanos de Catarinas, fue un diablo para pelear.

De un lado para otro iba, gritando fuerte y muy claro: aquí les traigo a los changos sus cosquillas y su rayo.

A caballo y con su lazo, los rodeó allí en Canutillo, allí toditos murieron, *pos* no hubo ningún herido.

En Chihuahua y en Torreón, y en el bonito Parral, Martín López fue adelante, porque sabía pelear.

A Chihuahua se metió, en su caballo “jobero”, los escalones subió, del Palacio del Gobierno.

En Las Cruces se murió en ese mes de septiembre, lo enterraron los dorados, los muchachos y su gente.

Paloma Real de Durango, no te canses de volar, diles que el “Güero” Martín, lo acaban ya de enterrar.

Pancho Villa lo lloraba, lo lloraban los dorados, lo lloró toda la gente, hasta los más encuerados.

Todos los cerros del Norte recordarán a Martín, a caballo los subió, sin miedo de irse a morir.

Vuela paloma ceniza, “vete *pa’quella* humareda”, y díles que Martín López aquí se quedó en la sierra.

LAS MUJERES DEL NORTE

Era febrero, llegaron las fuerzas del general Villa. Dice Chonita, contenta de recordarlo:

—Hacía mucho aire, los sombreros nomás se les pandeaban en la cabeza. Bañados de polvo, traían la boca seca, los ojos revolcados, pero muy tranquilos miraban las calles. Entraron a caballo, estaban muy contentos. La gente que lo vio lo recuerda todavía.

—Sí, cómo no, sí —dicen las señoras—: por allí iba Nicolás Fernández, alto, delgado, con toda la cara llena de tierra del camino real. Muy tranquilo pasó por aquí, después se detuvo frente al cuartel general y habló con Villa, quebró la rienda y se alejó por aquella esquina de allá —extienden la mano y señalan, y tornan a rememorar las figuras de los centauros de la sierra de Chihuahua.

“Martín López, aquel muchacho tan muchacho, que parecía un San Miguel en los combates. ¿No se acuerdan cómo nomás le volaba la mascada del cuello, y doblándose sobre el caballo se metía hasta adentro de los balazos revuelto con los enemigos? ¿Quién hubiera podido detenerle? Las balas no le entraban. Martín, el que lloraba cuando se acordaba de su hermano Pablito, se fue por allí, por el callejón ese —señalan un callejoncito empinado y lleno de piedras—, iba tendido sobre el caballo. Por la otra calle, el enemigo entraba también corriendo y la sombra de Martín

López se miraba brincar por sobre los pretilles, el enemigo no lo miró. San Miguel lo cuidaba". Las voces repiten –allá donde la vida se quedó detenida en las imágenes de la revolución– el nombre de Martín. "Martín López, el muchacho valiente, por allí se fue" –y una mano vieja, de uñas partidas y dedos gastados por el trabajo, señala el callejón de piedritas–. "Por allí se fue –dicen aquellas mujeres–. Iba solo y su alma, nomás miraba a los cerros, pero al oír los balazos, se reía con nosotros. Pobrecito, Dios lo tenga en paz".

Y Elías Acosta, el de los ojos verdes y las cejas negras, hombre hermoso, con su color de durazno maduro, venía por ese lado con su asistente y se detuvieron en casa de Chonita. Apenas comenzaron a comer, cuando les gritaron de la calle:

– Ya vienen por el puente los changos.

– Madrecita –dijo Elías Acosta–, horita vengo, cuide que no se me enfríe mi caldo.

Su asistente les hizo a los changos el juego. Elías Acosta, escondido en el callejoncito, les hizo fuego; jamás le fallaba la puntería.

Volvieron a la casa de Chonita a buscar su caldo y su taza de atole.

Chonita les traía todo, corría, volaba; sabía que aquel hombre adornaba, por última vez, la mesa de su fonda.

– ¿Cuánto le debo? –le dijo tímidamente–. Ya nos vamos, madrecita, porque vienen muchos changos.

– Nada, hijo, nada. Vete, que Dios te bendiga.

– Por allí se fueron –decía levantando su brazo prieto y calloso, Chonita, la madrecita de Elías Acosta y de tantos otros.

Las voces siguen preguntando:

— ¿Y Gándara? ¿Y el “Chino” Ortiz?

— Sí –contestan aquellas mujeres testigos de las tragedias–, sí, cómo no, allí donde está esa piedra le tumbaron el sombrero y lo fueron a matar hasta allá, frente a aquella casa.

— Kirilí, Taralatas, cada quien se fue por donde pudo.

— Habían entrado, era febrero, hacía aire, los ojos los traían revolcados. Los sombreros se les pandeaban sobre la frente. Las manos rajadas por el viento, se mecían sobre la rienda de sus caballos. Sólo estuvieron unas cuantas horas y luego se fueron –los brazos de las madrecitas de ocasión señalan los lugares–. No les dieron tiempo de nada, pobrecitos. ¿Volverán en abril? ¿Volverán en mayo? Esta vez se quedó uno, todavía no lo levantan. Lo recogerá el carro de la basura. Nosotros no lo podemos hacer, nos matarían los carranzas.

¡Pero ellos volverán en abril o en mayo! –dicen todavía las voces de aquellas buenas e ingenuas mujeres del Norte.

ISMAEL MÁYNEZ Y MARTÍN LÓPEZ

Llegaron a Rosario y siguieron más allá. El general Villa supo esto y escogió el lugar apropiado para el encuentro.

Martín López fue comisionado para que con una caballería fuera atrayendo al enemigo. Iría al encuentro de los changos. Ismael Máynez, coronel del Estado Mayor de Villa iba con Martín. (Ismael Máynez vive en el Valle de Allende, allá en el estado de Chihuahua.)

—La orden que nos dio el jefe —dice Máynez—, fue esta: “Mira, Martín, vete y los toreas. No gastes mucho parque; pero date un agarrón y luego te haces el derrotado en sus meras narices. Luego te reconcentras aquí, pero te metes por aquella vereda, allá en donde se miran aquellas ramas de mezquites, y allí aguardas. La contraseña para empezar es el ruido de estas dos “señoras” que tengo aquí —le enseñó dos granadas de mano que tenía listas; él mismo las haría explotar. Nadie se movería, nadie, pasara lo que pasare—. Y que cuando ya estén agarrados —dijo—, tú entras, Martín, con tus muchachos y les tapas aquella salida —y señaló un lado probable de escape—. Los quiero encerrar aquí mismo. Ándale, Martín, vuélenle, muchachos”.

—El general Villa ya había extendido a sus hombres. Detrás de las lomititas, allí estaban los muchachos tirados de panza; y muy tranquilos esperaban. —Los ojos azules de Ismael Máynez se entrecierran como para recoger la vi-

sión exacta de sus compañeros, tirados boca abajo. Sigue hablando con la tranquilidad que tienen los hombres norteños para exponer sus verdades-. Nos fuimos a encontrarlos. Martín, que era el vivo retrato del general Villa, hacía las cosas tan exactas que nunca fallaba, cumplía las órdenes como si fuera el mismo Villa. Había bebido hasta el último pensamiento del general y casi podíamos ver que adivinaba lo que el general Villa quería. No le hacía que estuviera lejos o cerca. ¡Ah qué Martín tan travieso, cómo se burlaba de aquellos malditos changos! Cómo jugaba con ellos, había que verlo. Hacía lo que le daba la gana -dice riéndose Ismael casi a carcajadas-, y cuando se juntaba con Elías Acosta, ¡válgame Dios de mi alma, qué par! (a Elías le decíamos la Loba), eran traviesos como sólo ellos y capaces de todo. Lo malo fue que a Elías lo mataron muy pronto. A Martín, en cada agarrón, creíamos perderlo, no le importaban las balas ni los hombres, se metía, era el vivo diablo. A Martín, mandado por el jefe, le debemos las encerronas más grandes que les dimos a los carrancistas.

Cumpliendo las órdenes recibidas, Martín López, con su caballería, se enfrentó con los changos. Éstos, a su vez, se fueron acercando con mucha desconfianza. La caballería villista, capitaneada por Martín López, no contestaba el fuego.

— Cuando ya estuvimos casi frente a frente -dice Ismael Máyne-, les tiramos una zurra de plomo y dimos la vuelta sin presentar combate. Y así, reculando poco a poco y balazo y balazo, pudimos llegar a la vereda que nos había señalado el jefe. Nos fuimos detrás de las peñitas y allí nos desmontamos y nos agazapamos. Los carrancistas se acer-

caban más y más. Ya estaban dentro de los llanos. Nosotros no oímos nada, el general no tiraba las granadas. Martín me dijo: “A ver, mira qué ha pasado”. Me subí a un mezquite y desde allí miré. El general seguía en su puesto, los muchachos seguían tirados, nadie se movía. Los changos ya estaban junto a ellos, ya casi habían llegado hasta el pie de las improvisadas trincheras, y nada que nos daba la señal. “¿Qué le habrá pasado al jefe?” –dijo Martín muy apurado–. “Fíjate bien”. “Sí, allí están” –le decía yo, pero sin entender lo que pasaba. Ya casi brincaban el fortín. Me bajé rápido y le di a Martín el anteojo para que él mismo viera lo que pasaba. Todavía ni me agazapaba, cuando sonaron las dos señoras que el general tenía en las manos. Nos montamos corriendo y nos fuimos a cubrirnos por el lado que nos había señalado el general. ¡Qué agarrón fue aquél, señor de mi alma! Se dieron una asustada los changos. A eso se debió que dieron media vuelta. Una media vuelta mortal. Martín maniobró que daba gusto verlo. El jefe de frente. Martín casi agarrando todo el flanco izquierdo del enemigo. ¡Qué bonito resultó aquello! En toda nuestra campaña de cinco años contra Carranza, no volvimos a ver juntos tanto chango muerto. Murieron dos mil ochocientos carrancistas. La cercada aquella fue para Murguía uno de sus más grandes fracasos. Y más si se toma en cuenta que en esos momentos nos tenían como a unos derrotados.

Termina Ismael Máynez dando un trago de café y manda sus ojos hasta allá, a lo alto de la cantera, donde un día se besaron con la muerte.

Mamá decía que aquel triunfo había sido festejado por el pueblo del Parral, y que una mañana que había neva-

do atravesaban la calle unos bultos oscuros, desgarrados; arrastrando un rifle, y algunos montando un caballo que ya no caminaba; no eran seres humanos, eran bultos envueltos en mugre, tierra, pólvora; verdaderos fantasmas.

Mi tía Fela y Mamá los habían visto ir a perseguir a los villistas, habían pasado por la Segunda del Rayo, iban muy contentos y hoy ¿venían arrastrándose desde Rosario? Los ojos de Mamá tenían una luz muy bonita, yo creo que estaba contenta. La gente de nuestros pueblos le había ganado a los salvajes. Volverían a oírse las pezuñas de los caballos.

Se alegraría otra vez nuestra calle, Mamá me agarraría de la mano hasta llegar al templo, donde la Virgen la recibía.

Nellie Campobello Morton (María Francisca Moya Luna) nació el 7 de noviembre de 1900, en Villa Ocampo, Durango. Murió el 9 de julio de 1986, en Progreso de Obregón, Hidalgo. Además de Villa Ocampo, vivió en Parral, en la ciudad de Chihuahua y en Laredo, Texas. Llegó a la Ciudad de México en 1923. En la capital, estudió en una escuela inglesa, tomó clases de ballet y se relacionó con intelectuales y artistas. Dio a conocer en 1928 su primer libro, el volumen de poesía *Yo, versos por Francisca*, al parecer en edición de autor. Su formación de balletista la llevó a incorporarse en 1930 a la sección de Música y Bailes Nacionales de la Secretaría de Educación Pública. En 1931 fundó la Escuela Nacional de Danza, que dirigió por varias décadas. En 1943 creó el Ballet de la Ciudad de México. Publicó *Ritmos indígenas de México* (1940), en colaboración con Gloria Campobello. Acerca de la Revolución, escribió *Cartucho. Relatos sobre la lucha en el norte de México* (1931), *Las manos de mamá* (1937) y *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa* (1940).

DESCARGA TODAS NUESTRAS PUBLICACIONES EN:
www.brigadaparaLeer en libertad.com



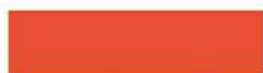
@BRIGADACULTURAL



paraleerenlibertad



Brigada Para
Leer en Libertad



**ROSA
LUXEMBURG
STIFTUNG**



Esta publicación es financiada con los recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad AC. Es de distribución gratuita.